

**BRU
GUE
RA**

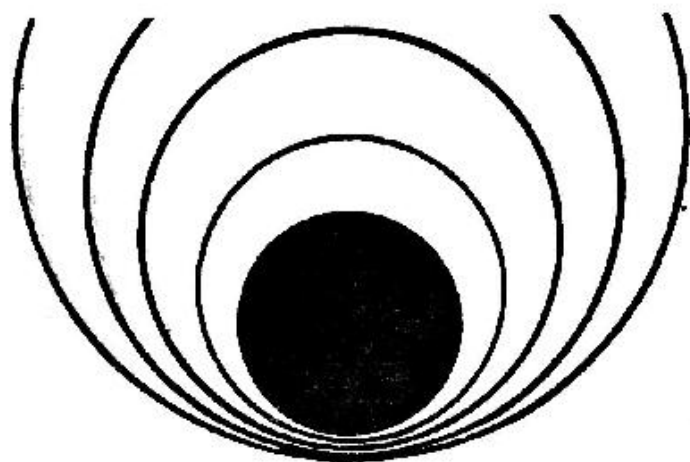
BOLSILIBROS

POLICIACO

EL PERFUME DE LA DAMA NEGRA

Curtis Garland





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.692 — La reina Midas.

En Colección **PUNTO ROJO:**

1.089 — Medidas para mi ataúd.

En Colección **LA HUELLA:**

134 — Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

EL PERFUME DE LA DAMA NEGRA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.100
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 9.370 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1983
2.ª edición en América: noviembre, 1983

© Curtis Garland - 1983
texto

© Núñez - 1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

EL juez Bruce Aymler abandonó su despacho un poco tarde aquella noche.

Había tenido mucho trabajo durante todo el día, a causa de aquellos dos casos a presidir durante la semana, ambos demasiado importantes para dejárselos en manos a sus suplentes, antes de emprender sus bien merecidas vacaciones. Por algo en las dos circunstancias lo que se veía era una causa por asesinato, y la solicitud del fiscal era la de pena de muerte.

El juez Aymler era un hombre minucioso y bien organizado. No se marcharía a disfrutar de sus días libres fuera de la ciudad, dedicándose a la pesca y la lectura, sin antes dejar ambos casos juzgados y sentenciados. Cuando la vida de un hombre estaba en juego, era preferible atar todos los cabos. Esa era, al menos, su opinión profesional y humana. El hecho de que en el Estado estuviera en suspenso la aplicación de la pena capital, no alteraba las consecuencias de una negligencia o un error judicial, puesto que el condenado pasaría a ocupar una celda a la espera de que se cumpliera esa sentencia, como había tantos otros en todo el país. De vez en cuando, en algún Estado se procedía, de forma aislada y excepcional, a ejecutar a un condenado. Y de nuevo la siniestra sombra de la pena de muerte volvía a planear sobre tantos y tantos reclusos a quienes la Justicia había sentenciado a ser ajusticiados.

Por ello el juez quería sopesar muy bien los hechos antes de tomar una decisión. Los juicios respectivos habían concluido, pero quedaban dos sesiones fundamentales: las finales, en que fiscal y defensor expondrían sus conclusiones, y el jurado se reuniría a deliberar. A veces esas deliberaciones duraban semanas. No le importaba. Era preferible prolongar todo ese tiempo sus vacaciones, antes que permitir que un error judicial costara una vida humana. En este caso,

serían dos, puesto que dos eran los casos en estudio.

Al fin, cansado y con un ligero dolor de cabeza, el juez Aymler dejó los expedientes que había estado estudiando con toda atención, se asomó a la ventana de su despacho, comprobando que aún seguía lloviendo, y tomó su impermeable y su sombrero, para dirigirse a la salida y encaminarse a su casa a cenar y dormir.

Apagó las luces, puesto que era el último en abandonar el juzgado, y se encaminó a los ascensores por los desiertos corredores del recinto judicial. Sus zapatos despertaron sordos ecos en los muros del edificio.

Pulsó el botón de uno de ellos. Entró, y el ascensor comenzó a descender hacia la planta baja del edificio. Le sorprendió descubrir que alguien llamaba dos pisos más abajo, y la cabina se detuvo al requerimiento. Las puertas metálicas se abrieron. Una mujer entró en ella. El juez Aymler la miró, sorprendido.

—Perdone —dijo—. Creí que ya no quedaba nadie en el edificio.

La dama le miró. O así lo pareció, porque era imposible saberlo con aquel espeso velo que cubría sus facciones, cayendo desde los bordes de su sombrero negro, como una tupida cortina que sólo permitía descubrir una pálida mancha debajo, perteneciente al torso de ella. Realmente, vestía por completo de negro. El juez observó que incluso sus medias eran color humo oscuro, sus guantes negros, y el resto de su indumentaria, un traje sastre bien ajustado a su esbelto cuerpo erguido, correspondía a un luto riguroso, sin el menor detalle de color, salvo un pequeño ramillete de jazmines en la solapa izquierda de su chaqueta negra prendidos con un alfiler dorado.

—No queda nadie... excepto usted y yo —dijo con voz tenue la desconocida.

—Ya —el juez forzó una sonrisa, mientras las puertas se cerraban de nuevo suavemente, y consultó su reloj con disimulo—. Por la hora que es, imaginé que todas las visitas estarían fuera desde hace más de dos horas...

La enlutada no dijo nada de momento. Seguía mirándole a través de su negro velo, a juzgar por su postura. La luz indicadora de pisos descendía con rapidez. Estaban ya en la tercera planta del edificio judicial cuando ella habló con su tono apagado, casi confidencial:

—Soy una visita, pero la persona a quien vine a ver estaba aún en este local, y la esperaré, eso es todo. Esa persona era usted, juez Aymler.

—¿Yo? —el magistrado enarcó las cejas, empezando a sentirse incómodo. La posibilidad de un enfrentamiento con alguien relacionado con alguno de los casos criminales en litigio, le inquietó. Era algo que jamás deseaba, porque su ética se lo prohibía taxativamente. Cambiando de tono, replicó—: Lamento defraudarla, señora o señorita, pero en estos días no recibo visitas ajenas a la abogacía. Otro día será, cuando hayan transcurrido un par de

semanas...

—No esperaré tanto tiempo, juez —dijo ella—. Después de todo, ya estamos el uno ante el otro. Y eso es lo que vine a buscar. Para usted, juez Aymler, no existirá ya otro día.

Todo fue muy rápido. Demasiado para un juez confiado por su solo temor a una petición de clemencia o a un soborno. Aquella dama enlutada no había venido a una ni otra cosa, pero cuando él lo supo, era ya demasiado tarde para poderlo evitar de alguna forma.

La mujer de negras ropas había sacado con rapidez su enguantada mano de debajo de su bien cortada chaqueta, donde la introdujera segundos antes, y cuando ello sucedió, en sus dedos empuñaba una pequeña pistola automática, calibre 22, casi un juguete. Pero aun una pistola así, a aquella distancia, podía matar a una persona, si quien apretaba el gatillo sabía adónde disparar.

Y ella lo sabía. Presionó dos veces con firmeza, sin la menor vacilación. Dentro de la metálica cabina herméticamente cerrada, ya entre el piso uno y la planta baja, sonaron dos secos estampidos apagados, muy amortiguados por los muros sólidos del ascensor. Fuera, apenas si debió resultar audible.

Bruce Aymler, juez de lo Penal por el Distrito de Nueva York, se encogió con una convulsión dolorosa, llevándose las manos al pecho, al sentir en su corazón el doble impacto de las pequeñas y mortíferas balas, disparadas con la fría precisión con que podría hacerlo un profesional.

—¿Por... qué...? —jadeó, convulso—. ¿Por qué... esto...?

Y se desplomó en redondo, a pies de la dama que acababa de matarle a sangre fría. Ella inclinó la cabeza, contemplándole a través del velo. Guardó con calma la pistola humeante entre su chaqueta negra y su blusa color humo oscuro. Pulsó de nuevo el botón del ascensor, llevándolo hacia arriba antes de que se abrieran sus puertas en la planta baja. Necesitaba evidentemente algo más de tiempo para terminar su tarea.

Le bastó con pulsar el sexto piso y descender de nuevo. En ese espacio de tiempo, extrajo un pequeño frasco de uno de los bolsillos de su chaqueta. Era un frasquito de vidrio, poliédrico, con un artístico tapón en forma de óvalo bien pulimentado. Lo destapó. Un fuerte aroma a jazmines se extendió por el ascensor de inmediato.

Inclinóse, vertiendo sobre el cadáver del juez, debajo del cual comenzaba a extenderse un delgado reguero de sangre, el contenido total de aquel pequeño frasco. El líquido espeso y de color ámbar, era evidentemente perfume y no simple agua de colonia, dado su tamaño, densidad y aroma. El olor resultó intensísimo dentro de tan reducido espacio.

La mujer guardó de nuevo el frasco, después de cerrarlo, y esperó

pacientemente a que se abrieran las puertas del ascensor. Salió de él con suave y firme taconeo, mientras las hojas de metal se cerraban de nuevo tras de ella. Al fondo del amplísimo vestíbulo de los juzgados, un empleado de aire somnoliento permanecía ante una centralita telefónica, junto a la puerta principal. La dama pasó ante él sin pronunciar palabra. El hombre la miró, saludando sin ser contestado. La pesada vidriera se cerró tras ella. Salió a la calle, repleta de luz, ruidos y tráfico, bajo la lluvia persistente de la noche.

El conserje miró su reloj, sorprendido.

—¡Qué tarde! —comentó—. Seguro que viene de ver al juez Aymler. Es el único que queda aún en el edificio... Y ya son las ocho. Tendré que ir a ver si se marcha ya a casa o no. Ese hombre, siempre es el último en abandonar su trabajo... Y yo, sin cenar todavía por su culpa...

Pesadamente, abandonó la conserjería tras accionar el cierre electrónico de la puerta para mantenerla cerrada mientras se encaminaba arriba. Llegó ante los ascensores. El olor a flores que captara al pasar cerca de él la dama de luto, le resultó allí insufrible. Nunca le habían gustado demasiado los perfumes. Y aquél era particularmente acentuado. No recordó la clase de flores a que podía oler, pero supo que le era incluso molesto.

Especialmente, una de las puertas parecía saturada con aquel olor. Era, sin duda, la cabina que usó la dama visitante para descender. Tomaría cualquier ascensor menos aquél. Pulsó otro botón, y subió a la octava planta, donde se hallaban los despachos de los jueces. Recorrió todos ellos sin hallar el menor rastro del juez Aymler. Es más, todos los despachos aparecían con las luces, apagadas y totalmente vados.

—Sí que es raro —meditó, rascándose los cabellos bajo su gorra de uniforme—. A no ser que esté en los lavabos...

Se acercó a ellos para comprobarlo. Los encontró desiertos. Meneó la cabeza, y bajó de nuevo a la planta. Extrañado, pulsó los botones de todos los ascensores allí detenidos, por si en alguno podía haberle sucedido algo al juez, como un desvanecimiento o un fallo cardíaco. Ya había ocurrido algo así una vez en el edificio judicial, aunque entonces él no estaba de servicio de noche.

Un grito ronco de horror escapó de su garganta al ver el cuerpo inmóvil dentro del ascensor que apestaba a perfume, sobre un reguero de sangre ya considerable. Se inclinó, examinando el cuerpo. Comprobó pronto que no podía hacer nada por el juez. Corrió al teléfono y llamó a la policía, sin tocar el cadáver para nada. Sabía bien, por trabajar en los juzgados, que eso era lo último que debía hacerse.

Pero de algo estaba seguro mientras esperaba la llegada de la

policía y de una ambulancia, llamada por si acaso aún había algo de vida en aquel cuerpo, cosa que dudaba mucho. El juez había sido asesinado dentro del ascensor saturado de perfume.

Y su asesino no podía haber sido otro que aquella misteriosa mujer de negro, cuyo rostro le había sido imposible distinguir.

* * *

Jeffrey Vincent era un hombre desesperado, por muchas razones. Y la más importante de todas era el dinero. O para ser más exactos, la carencia de dinero.

Los tiempos estaban difíciles incluso para las personas poco escrupulosas como él. Hasta entonces se había defendido bien, viviendo de las mujeres, jugando con trampas, robando o cometiendo perjurio por dinero si era necesario. Pero ni aun así le era posible ahora obtener ganancias. Empezaba a estar demasiado ajado para que las mujeres le mantuvieran, y daba la impresión de que había tal inflación de granujas en la ciudad, que incluso a un tipo como él, le resultaba difícil hallar trabajo rentable alguno. Era como si hubiera exceso de oferta para la demanda de bribones capaces de hacer cualquier felonía por dinero. Y eso era mala cosa para él.

Acababan de avisarle en la pensión del Bronx donde vivía desde hacía más de un año:

—Vincent, debe usted dos meses de pensión. Si no me paga mañana, no tendré más remedio que poner sus cosas en la calle. Y dé gracias que no aviso a la policía para que le detengan por falta de pago.

Después, el cerdo de Petrosian, el armenio de la calle Ocho Oeste, en el Village, su lugar habitual, le había servido a regañadientes un whisky, avisándole con malos modos:

—Es el último que te fío, Jeff. O pagas los que debes, o no hay crédito. Lo siento, muchacho, pero el negocio anda mal y no puedo perder más dinero contigo ni con nadie.

Sí, era una mala época la que estaba pasando, pero confiaba en que terminase pronto. Después de todo, las había pasado peores, sobre todo cuando salió de la cárcel después de pasarse un año a la sombra por un simple robo de joyas a una fulana que hasta entonces le había regalado dinero a espuestas sin importarle nada. Las mujeres eran muy variables y muy poco agradecidas, eso era lo que él pensaba de todas ellas. Las administraba bien en el «negocio» de las calles, y luego le daban ese sucio pago. Que se las llevara el diablo.

Pero ahora hubiera necesitado a alguna de ellas para salir de este bache. Sólo llevaba dos dólares en el bolsillo, y debía más de cien. Tenía amigos, viejos compinches, pero ninguno fiaba ni un dólar. A algunos les debía demasiado ya. Otros, no se fiaban de él ni para

prestarle una moneda para el teléfono.

Cuando los problemas acuciaban, incluso un tipo como Vincent podía idear algo para salir de apuros. Pensó un poco y se dijo que valía la pena correr el riesgo de volver a la cárcel, con tal de conseguir alguna «pasta» fácil e inmediata.

Para ello, tomó el subterráneo hasta Broadway, cerca de la Quinta Avenida, que era un sitio mejor que el Village para conseguir dinero más fácilmente. Esperó en una esquina el tiempo prudencial adecuado. Cuando vio a una mujer de mediana edad, salir de un establecimiento con algunos paquetes y su bolso colgando del brazo, juzgó que era el momento que había estado esperando.

Se acercó a ella fumando tranquilamente, silbando entre dientes con aire mundano. La mujer llegó a su altura sin sospechar nada. Vincent fue rápido.

Tiró del bolso con centelleante precisión. Era un experto en muchas cosas, y ésta era una de ellas. El bolso se enganchó a su brazo, y echó a correr con él, mientras la mujer, exasperada, salía de su asombro, gritando y dejando caer los paquetes por la acera:

—¡Ladrón! ¡Al ladrón! ¡Me han robado el bolso! ¡Favor, al ladrón...!

La gente se paraba a mirar con la indiferencia propia de los neoyorquinos hacia los sucesos de su ciudad, sin pensar en prestar atención alguna a la infortunada mujer. Vincent, a grandes zancadas, corría ya lejos de su alcance, pero la mujer, en su desesperación, cometió el error de querer seguirle, y bajó de la acera, metiéndose en plena calzada cuando los coches venían a toda prisa.

Vincent oyó a su espalda un chirrido de frenos, estrépito de vidrios rotos y de metal abollado, un grito ronco de mujer y voces de los transeúntes. Giró la cabeza fugazmente, sin dejar de correr como alma perseguida por el diablo. El corazón le dio un vuelco, pero no por ello frenó en su marcha.

Un automóvil había arrollado a la mujer, que yacía ahora, inconsciente o malherida, sobre el asfalto, rodeada de paquetes. La conciencia no remordió a Vincent, que se metió jadeante en otra calle, sin dejar de sujetar el bolso contra su cuerpo.

Cuando estuvo ya lejos del escenario del suceso lo abrió para sacar todo el dinero en efectivo que hubiera allí. Maldijo su suerte, porque lo que más había en el billetero de la mujer eran tarjetas de crédito. Las tiró, enfurecido, para quedarse solamente con unos cuantos billetes de cinco dólares que no le resolvían gran cosa por el momento.

Tiró el bolso y todo lo demás a un cubo de basura, y se alejó, guardando la escasa cantidad de dinero en su bolsillo, ceñudo contrariado. Con aquellos billetes, lo más que podría hacer es calmar por unos días a su patrón, pagándole algo a cuenta de los atrasos. Y no

se atrevía a probar otra vez la técnica del «tirón», tras lo sucedido a aquella mujer poco antes.

Oyó sirenas policiales, e imaginó que andaban en busca suya por la zona. Miró a un lado y otro en busca de un taxi para alejarse de tan peligrosa área, cuando un automóvil se detuvo junto a él en la calzada. Lo miró, aprensivo, echándose atrás y llevando mano al bolsillo donde guardaba su navaja automática.

—Buenas noches —saludó una voz de mujer por la ventanilla, mientras el cristal de ésta descendía—. ¿Le llevo a alguna parte, amigo?

—Váyase al diablo —rezongó Vincent, sin mirar apenas a la mujer sentada al volante—. ¿Le he pedido yo que me lleve, señora?

—No —rió suavemente la voz femenina—. Pero es usted un tipo guapo y atractivo, yo me siento muy sola esta noche... y esta zona anda algo revuelta en busca de un tipo que ha causado la muerte a una mujer por el procedimiento del «tirón» ...

—Cielos —resopló Vincent, sintiendo que el sudor empapaba su cuerpo de repente—. Muerta...

Pero, por otro lado, su vanidad masculina se había sentido espoleada por las palabras de la desconocida. Después de todo, estaba habituado a que, en otros tiempos, las chicas le hablaran así. Y aquella fulana debía de tener «pasta», pensó de inmediato. El coche era moderno y caro. Su conciencia mandó al diablo el homicidio recién cometido, y optó por aceptar el consejo de la dama, especialmente tras saber que buscaban al responsable de un hurto con homicidio incluido.

—Eso ya es más convincente, preciosa —soltó una risita burlona y engreída, inclinándose y abriendo la portezuela—. Me encantan las gatitas dulces y solitarias.

Se sentó junto a la mujer. Ella asintió, sin responder palabra. Vestía enteramente de luto, y un espeso velo cubría sus facciones por completo. Las manos apoyadas en el volante iban enguantadas igualmente de negro. Le sorprendió tanto luto, pero se fijó en que las piernas con medias color humo que luda la conductora al tener su falda subida, eran bien formadas y atractivas.

—Vamos adonde tú digas, preciosa. Jeffrey, tu querido Jeffrey, está dispuesto a ser muy cariñoso contigo esta noche... —dijo, acariciando sin rodeos la rodilla y el muslo de la desconocida—, Pero ¿por qué vistes tan tristemente?

—Soy viuda —respondió ella, poniendo el coche en marcha—. Por eso estoy tan sola.

Rodaron por el asfalto mojado de la noche, alejándose de la Quinta Avenida. Se cruzaron con dos coches-patrulla que hadan girar sus rojas luces y emitían sonidos agudos de sirena que, por un momento,

cohibieron a Vincent, cuya mano se crispó sobre el suave nylon oscuro del muslo de la mujer.

—¿Te asusta algo, Jeffrey? —quiso saber ella.

—¿Asustarme? —sonrió forzado—. No, no, nada. ¿Por qué habría de ocurrir algo así? Lo que ocurre es que esos sonidos me ponen algo nervioso siempre.

—Sí, entiendo —afirmó ella gravemente, sin dejar de conducir.

Tras un recorrido bastante largo, el coche viró en un pasaje oscuro, donde penetró, deteniéndose suavemente. Vincent frunció el ceño.

—¿Vives aquí? —preguntó.

—Es la puerta trasera de entrada —informó ella—. Debo de ser discreta. Soy demasiado rica y conocida para correr riesgos.

Vincent ocultó con dificultad su alegría. Eso era lo que había estado buscando. Una fulana caprichosa, ardiente... y además rica. Cosas así no ocurrían todos los días, pensó entusiasmado, abriendo la portezuela para salir.

Puso un pie en el asfalto del callejón. En ese momento, ella habló con una fría, extraña entonación:

—Jeffrey Vincent, acabas de causar la muerte a una mujer. Fuiste perjuro y alguien murió también por ello. Eres despreciable, sucio y obsceno. No mereces vivir.

—¿Qué diablos...? —comenzó Vincent, volviéndose con asombro e inquietud.

No pudo hacer mucho más. La mano enguantada de la mujer al volante empuñaba ahora una pequeña pistola calibre 22, de cachas nacaradas. El juguetito disparó tres veces al apretar ella otras tantas el gatillo con una sangre fría espeluznante.

Jeffrey Vincent recibió las tres balas en la cabeza. No tenía un aspecto muy agradable cuando cayó de lado, medio cuerpo en el asfalto y otro medio en el asiento del coche.

Ella le pateó sin piedad, hasta dejar caer el cadáver en el callejón, sobre el suelo mojado. Los disparos apenas si habían sido tres leves estampidos, mucho menores que los que produciría un motor de coche.

—Cerdo... —jadeó la mujer de luto, bajando del coche y rodeando éste para erguirse junto al cadáver—. Merecías esto desde hace tiempo...

Extrajo de sus ropas un pequeño frasco facetado, de vidrio color caramelo, con un tapón oval. Lo abrió.

Un líquido ambarino, de intenso aroma a jazmines, cayó en un chorro sobre el cadáver. Un olor casi violento invadió el callejón, sobreponiéndose, incluso, al hedor de los cubos de basura.

La mujer, impávida, regresó al coche con su frasco de perfume. Se acomodó ante el volante y emprendió la marcha. En el callejón, quedó

el cuerpo de Vincent, con tres piezas metálicas incrustadas en su destrozado cerebro.

Capítulo II

Blake Sloane dejó de escribir a máquina y miró a su visitante con ojos críticos.

—Sí —dijo—. Soy yo mismo. Blake Sloane, detective privado.

—Como no vi a nadie afuera... —murmuró su visitante—. Perdona la intromisión, señor.

—Oh, nada, no se preocupe —sonrió, incorporándose—. No tengo secretaria. Se despidió hace dos días y aún no he encontrado sustituta adecuada. Pero siéntese, por favor. Le atenderé de inmediato.

—Gracias —dijo la visita, aceptando el ofrecimiento—. Puede seguir trabajando, si lo desea. Yo puedo esperar, no tengo prisa.

Y la mujer dibujó una amable sonrisa en sus labios, mirándole con cierta simpatía mientras alisaba su falda sobre unas piernas realmente atractivas y bien formadas, que acababa de cruzar con cierto elegante descuido.

Sloane negó con la cabeza, rápido.

—Oh, no, nada de eso, señora o señorita —declaró con energía—. Me limitaba a pasar unos datos del archivo a máquina. Algo que puede aguardar a mejor ocasión. Por favor, explíqueme lo que le ha traído a mi oficina.

—Parece muy sencillo, pero no lo es tanto en realidad —confesó ella tras una leve vacilación—. Lo cierto es que no es nada fácil explicárselo, señor Sloane.

—Bueno, hágalo como si yo fuese su confesor, y eso le facilitará las cosas —invitó el joven detective, sonriente.

Ella se sobresaltó, mirándole como si hubiera dicho algo asombroso.

—¿Cómo sabe que yo soy católica? —preguntó desorientada.

—Averiguar cosas es mi oficio —rió él con suavidad—. Soy detective, señorita... Tuve un antecesor glorioso en otro país y otra época, un genio llamado Sherlock Holmes. No me aproximo a él ni remotamente, pero sigo sus métodos en ocasiones. Incluso en nuestro mundo actual, la deducción sigue siendo una valiosa arma para el investigador.

—Sigo sin saber cómo averiguó que soy católica... y además soltera. Me ha llamado «señorita» ahora, con toda seguridad, y no «señora o señorita», como antes.

—Verá, es muy simple: lleva usted un pequeño crucifijo en su

cuello.

—No se ve, señor Sloane. Lo llevo bajo la blusa en estos momentos...

—Lo sé. Pero poco antes estuvo pegado a su cuello, tal vez por una postura forzada en un taxi o cosa parecida, y se le grabó su forma en la piel. También lleva un anillo con el rostro de una Virgen, la de Guadalupe, si no me equivoco.

—No se equivoca. ¿Es usted también católico?

—No, pero entiendo de religión. Sin embargo, ese anillo no es de casada, ni lleva ninguno que lo sea. Puede que sea de las esposas que no acostumbran a usarlo, pero me incliné por la otra posibilidad, esta vez por simple corazonada.

—Su corazonada no le falló. Soy soltera —sonrió ella—. Y le felicito por sus dotes de observador. Mi nombre es Diana Eisner. Soy hija de Ruth Eisner, e hijastra de un hombre llamado Gordon Eisner, que murió hace diez años. Mi padre no supe nunca quién fue, porque mi madre juzgó que no merecía siquiera la pena mencionarle para nada.

—Y usted, ahora, quiere saber quién es su padre y dónde hallarle —sonrió Blake.

—No, no es eso. Por una vez, se equivoca.

—Vaya, nadie es perfecto —dijo el detective, riendo—. Perdone, pero sé que, en el fondo, sí desearía conocer esos datos, pese a todo.

Los ojos de ella, de un raro color violeta, se ensombrecieron levemente. Enrojecieron un poco sus mejillas e inclinó la cabeza.

—Sí —admitió al fin, de mala gana—. Touché. Usted gana, una vez más. Pero no vine a verle por eso.

—¿Por qué, entonces?

—Por algo mucho más serio y difícil de explicar, como le dije.

—Adelante. Soy todo oídos. Y cuanto diga aquí, jamás saldrá de estas oficinas. Es secreto profesional, y ni siquiera bajo juramento estoy obligado a revelarlo a nadie. Y eso que la policía muchas veces aprieta las tuercas de un modo...

—Bueno, en palabras llanas y sencillas: quiero saber si mi madre es una asesina o no.

Sloane se quedó callado, tocándose pensativamente la mandíbula con un dedo. Su mirada gris, acerada, se mantuvo fija en ella, por debajo de su ancha frente, surcada de precoces arrugas que ni siquiera el mechón rebelde de su pelo, al barrerla, lograba disimular.

—Y tan llanas y sencillas que han sido —suspiró—. Nunca me han espetado tan concretamente la causa de una visita profesional. Además, el caso es nuevo para mí, señorita Eisner.

—Lo imagino. Sin embargo, para mí es un tormento cada día mayor. No logro dormir ni descansar, pensando en esa horrible posibilidad.

—Cálmese y cuénteme detalladamente el asunto —rogó él

conciliador—. ¿Qué le ha hecho albergar tan terrible idea?

—Esto, por encima de todo —dijo resueltamente la muchacha, abriendo su bolso y depositando sobre la mesa de Sloane un par de periódicos recientes.

Mientras los recogía, pensativo, el detective estudiaba a su visitante. Era una muchacha joven y atractiva, ciertamente. No le calculaba más allá de veinte años de edad, posiblemente ni siquiera los habría cumplido aún. Tenía boca carnosa, como a él le gustaban, ojos rasgados, pestañas sedosas, nariz breve. El pelo era de un color rubio oscuro natural, y poseía una figura esbelta y llena de encanto, cuyas piernas eran ya de por sí una clara muestra de las formas que ocultaban sus ropas sencillas y poco ostentosas.

Desplegó los diarios bajo la mirada impaciente de la joven. Los titulares destacaron ante él con el negro rabioso de sus grandes caracteres:

TRES ASESINATOS EN POCOS DÍAS. EN DOS DE ELLOS, FUE VISTA LA DAMA DE NEGRO CON VELO Y EL PERFUME DE JAZMÍN INVADÍA A LA VÍCTIMA, EMPAPADA EN EL. LAS TRES MUERTES CAUSADAS CON LA MISMA ARMA: UNA PISTOLA CALIBRE 22, PROPIA DE UNA MUJER.

—¿Y bien? —inquirió, señalando los titulares, en los cuales había tres fotografías de personas ya difuntas, así como un boceto a lápiz de una mujer enteramente vestida de negro, con sombrero y velo, traje chaqueta, guantes y zapatos de tacón alto—. ¿Qué le hizo relacionar esos crímenes con su propia madre, señorita Eisner?

—Dos causas, fundamentalmente: mi madre odiaba a esas tres personas. Y mi madre... usa perfume Vissón Número 7, el mismo que según los expertos derrama esa enlutada asesina sobre sus víctimas.

Sloane arrugó el ceño, apartando de sí los periódicos con un gesto ambiguo.

—Esos son motivos tan claros, que cualquier policía la hubiera arrestado ya como sospechosa, de haberlos advertido. ¿Ha sucedido así acaso?

—No. Aún no. Pero temo que suceda en cualquier momento, señor Sloane.

—Entiendo. Ahora, trate de explicarme de alguna forma todo lo que ocurre y las razones que la han llevado a albergar esos temores que tanto la atormentan.

La joven respiró hondo y comenzó, tratando de exponer las cosas de forma clara y concisa:

—Si lee esos periódicos detalladamente, sabrá que, en los asesinatos primero y tercero, fue vista una mujer alejándose del escenario del

crimen. Totalmente enlutada y con el rostro cubierto por un denso velo. Dejó al pasar un profundo olor a perfume. Según el conserje de un edificio de los juzgados, el olor era a flores, pero no supo identificarlo demasiado bien. Según los policías que acudieron luego, olía a lilas. Un experto juzgó luego que el olor que desprendía el cadáver del juez Bruce Aymler era a jazmines. El testigo del tercer asesinato, también afirmó que el olor que despedía la mujer a quien vio alejarse del lugar del suceso, era inconfundible: jazmines. El cadáver, en efecto, olía a jazmines, como se comprobó luego. En cuanto al segundo asesinato, el de un tipo de mala vida, proxeneta y ladrón, llamado Jeffrey Vincent, apareció su cadáver en un callejón de la ciudad, apestando a jazmines, pero en esa ocasión nadie vio a la dama de negro. Sólo se menciona ahí que la víctima del crimen fue identificada posteriormente por varios testigos, como el autor de un robo por «tirón» en Broadway, con las trágicas consecuencias de la muerte de la mujer asaltada, al pretender perseguirle, víctima de un atropello en la calzada.

—Según parece, hubo algo de justa venganza en ese crimen que cita —comentó Blake Sloane, sin desviar sus ojos interesados de la bella joven. Hábleme del tercer crimen. ¿Quién fue la víctima?

—Un ex policía, el oficial de Homicidios Ralph Cortland. Le dispararon dos balazos al corazón Calibre 22 también. Su cuerpo apareció sin vida en los servicios de un club deportivo al que él pertenecía, y donde muchos policías jubilados, como el propio teniente Cortland, practicaban tiro al blanco en sus instalaciones. De ahí que nadie diera demasiada importancia a dos detonaciones más o menos, y por otro lado bastante ahogadas, dado el bajo calibre del arma utilizada. Allí también son socios las mujeres que lo frecuentan, y aun así, a algunos les chocó bastante la presencia de una mujer enlutada y con el rostro cubierto por un velo que, así como su sombrero, estaba bastante lejos de la moda actual. Por eso se fijaron en ella cuando la vieron abandonar los lavabos, pero en cambio nadie recuerda haberla visto entrar en el club aquel día. Salir sí fue comprobado por el empleado de la puerta y por un socio que llegaba en aquel momento. La mujer se alejó tranquilamente calle abajo, dejando tras de sí un fuerte vaho a jazmines.

—Hasta ahora, todo eso me explica poco o nada sus temores. Mataron a un juez, a un policía y a un proxeneta y bribón. ¿Qué nexos enlaza a esas tres personas?

—Uno muy concreto, señor Sloane: el juez Aymler condenó a mi padrastro a la pena capital. El teniente Cortland fue el policía que lo detuvo. Y el proxeneta y vividor Jeffrey Vincent, fue quien declaró en el juicio contra él, resultando el mejor testigo de la acusación, aunque posteriormente se puso muy en duda su honorabilidad, ya que había

sido perjuro en otro proceso, detalle que guardó muy cuidadosamente el fiscal del distrito durante el juicio. Cuando eso se supo... mi padrastro ya había sido ejecutado en la silla eléctrica, señor Sloane.

Blake asintió, con gesto sombrío, mirando hacia los periódicos y luego de nuevo a la joven visitante.

—Lo siento de veras —murmuró—. ¿Cuándo fue eso?

—Hace diez años. Por entonces, era uno de los primeros casos del juez Aymler. Le faltaba experiencia para un caso tan serio, pero había dos magistrados de vacaciones y un tercero enfermo. Se pecó de negligencia y se le asignó a él. Tal vez por eso, él esté muerto ahora, infamantemente muerto como un asesino.

—¿Se probó en el juicio que él era un asesino?

—Sí. Se probó lo suficiente para que el jurado dictara veredicto de culpabilidad.

—En ese caso, el juez no tuvo más remedio que condenar al reo. La decisión del jurado es inapelable, señorita Sloane.

—Yo sé eso. Pero tal vez la dama de luto no lo sepa.

—Ha pensado en una venganza.

—Sí, por supuesto.

—¿Diez años después de morir su padrastro en la silla?

—Sí. Suenan raro, pero no puedo pensar otra cosa. Sería demasiada coincidencia, ¿no cree?

—En efecto. Yo no tengo demasiada fe en las coincidencias.

—Yo tampoco —le miró francamente—. ¿Qué piensa usted de todo eso?

—No sé aún. Me faltan muchos detalles por conocer. ¿Usted quería a su padrastro?

—Yo tenía nueve años solamente cuando él murió. Pero sí, lo quería.

—¿Lo suficiente como para esperar diez años y, ya mujer, vengarle de modo implacable?

—¿Qué quiere decir?

—Perdone que se lo diga, señorita Eisner... pero usted huele fuertemente a jazmín —sonrió Sloane, impávido, entrelazando sus dedos de ambas manos.

—No se anda con rodeos, ¿eh? Yo no soy la dama asesina. ¿Vendría a contarle todo esto si lo fuese?

—¿Por qué no? Sería una buena coartada llegado el momento —sonrió Blake—, Dígame, ¿qué piensa la policía del asunto?

—No lo sé aún. Tal vez no hayan descubierto todavía la relación entre las tres víctimas y la ejecución de Gordon Eisner hace diez años.

—¿Le ha preguntado usted algo a su madre?

—No he tenido valor para ello. Por eso opté por venir a verle a usted.

—Ya. ¿En qué trabaja usted, señorita Eisner?

—Soy empleada de una empresa de electrónica, en Broadway. Gano un buen sueldo.

—¿Y su madre?

—También trabaja. En una importante sociedad de cosméticos.

—¿Por eso puede usar un perfume caro como el Vissón Número 7?

—¿Por qué sabe usted que es caro?

—Vamos, vamos, he conocido a chicas que suspiraban por un perfume de esa clase —rió Sloane—, Y yo no se lo pude comprar. Es francés y muy caro.

—Está bien, don sabelotodo. La empresa de cosméticos donde trabaja mi madre es la distribuidora en la costa atlántica del país de la marca Vissón, del modisto Pierre Vissón de París. Puede conseguir muestras o frascos defectuosos a buen precio. ¿Explica eso el misterio?

—El que usted y su madre lo usen, sí. Pero que lo utilice la dama de luto como firma de sus crímenes, no. ¿Por qué cree que puede existir esa coincidencia, si su madre es inocente de todo?

—Para eso he venido a verle y a ofrecerle un trabajo —dijo secamente la joven—. Usted es el detective.

Trate de averiguarlo y sacarme de esta horrible duda. ¿Cuáles son sus honorarios?

—Aún no he dicho que me haga cargo del caso. Podría suceder que no quisiera problemas con la policía. Tarde o temprano, se meterán en esto a fondo y acabarán dando con usted y con su madre. Eso podría crearme dificultades. Es un caso de asesinato múltiple.

—No le contrato para que encuentre al asesino de esa gente. Me tiene sin cuidado si alguien quiere vengar la memoria de mi padrastro. Lo que quiero es que pueda probar, llegado el momento, que mi madre es inocente, ajena a todo eso.

—Mi tarifa es algo cara, la verdad. Y el asunto puede resultar largo. Cobro cien dólares diarios y cincuenta para gastos. Con un pago inicial mínimo de quinientos dólares a cuenta. Si descubro antes algo concreto, le devolvería el resto de inmediato.

—Conforme. Quinientos —abrió su bolso de nuevo. No sacó un talonario de cheques, sino un billetero, del que salieron varios billetes de cien dólares. Contó cinco y los puso, flamantes, sobre la mesa, guardando al menos otros cinco o seis—. ¿Contratado, señor Sloane?

—Téngalo por seguro —asintió Blake, humedeciendo sus labios y alargando la mano hacia los billetes—. Ahora, deme todos los restantes detalles que yo le vaya solicitando, señorita Eisner.

—Los que me pida. Ahora supongo que ya podrá contratar nueva secretaria... y pagarla para que no se marche por falta de puntualidad en percibir su salario.

—De modo que usted sabe...

—No hace falta ser detective para advertir que no tiene usted un centavo, palabra.

—En otra ocasión procuraré disimularlo mejor —rió Blake, guardando el dinero—. De todos modos, le aseguro que Nancy era muy impaciente. Nancy era mi secretaria última, claro está. Sólo le debía cinco semanas...

—No me extraña que se fuera, antes de morirse de hambre sentada ante esa máquina —rió irónica la joven cliente. Luego, más seria, estudió a su contratado y añadió—: ¿Qué es lo que desea saber?

—Muchas cosas —miró Blake su reloj, pensativo—. Es algo tarde, ¿no le parece? ¿Qué tal si la invito a cenar y charlamos de todo ello ante una buena mesa? Eso le dará a sus explicaciones un tono más íntimo y cálido que en esta fría oficina...

—Como quiera —Diana Eisner se encogió de hombros—. Dije a mi madre que esta noche cenaba con unos amigos, por si me demoraba mucho en esta visita. De modo que estoy a su disposición, pero no me apunte en la cuenta de gastos esta cena, ¿eh?

—A veces usted sabe leer el pensamiento mejor que Holmes o que yo —se quejó Blake, sarcástico, guiñándola un ojo a su bella cliente—. No tema, no pensaba hacerlo... aunque con cualquier otro cliente tal vez hubiera sufrido esa tentación. Vamos. Aquí cerca hay un pequeño restaurante acogedor y con excelente cocina... y nada caro, por añadidura.

—Eso me lo temía —suspiró ella, poniéndose en pie—. Vamos allá y le contaré el resto de la historia...

Capítulo III

Blake Sloane cerró el volumen de la hemeroteca. Hizo unas últimas anotaciones en su agenda y se rascó los revueltos cabellos con aire perplejo.

Había pasado la noche pendiente de aquel caso, sin apenas conciliar el sueño. Los detalles que su nueva cliente, Diana Eisner, le diera sobre el caso, daban vueltas y vueltas en su cabeza logrando despejarle.

Ahora, inmerso en el túnel del tiempo que era aquella vieja colección de diarios locales, iba reviviendo los antiguos sucesos, con diez años de vejez, que rodearon a la trágica muerte del padrastro de Diana, en la silla eléctrica del Estado de Nueva York. Las hojas de los diarios, ligeramente amarillentos ya, eran como un flash back cinematográfico cuyos rostros se diluían en la niebla del tiempo. Como imágenes en humo tenue e inaprehensible. Muchos de sus protagonistas estaban ya muertos, como en un celuloide de rancio.

Se sintió triste. Profundamente triste y extraño. Como un impertinente que bucease en lo que no les correspondía. Como un merodeador abriendo postigos o alzando cortinas para espiar a los demás.

Pero era su trabajo. O parte de él. Tenía que conocer el pasado. Un pasado hecho de imágenes viejas y olvidadas, como todos los pasados. Imágenes, en este caso, negras y rojas. Negras de crónica sensacionalista, rojas de sangre humana.

El proceso de Gordon Eisner era sólo el final. Y su ejecución, el macabro epílogo. Pero antes, muchas otras cosas habían sucedido. Todas ellas oscuras y enigmáticas. Todas ellas también sangrientas.

La muerte de Clark Forrester, la del teniente Milton Craddock, de Homicidios... Había que ir por partes, sin embargo. Blake trató de ordenar sus ideas, mientras se encaminaba a la salida de la hemeroteca pública.

Eran viejos acontecimientos olvidados ya por casi todo el mundo. De no haber surgido ahora una dama vestida de negro, derramando un cierto perfume sobre los cadáveres de sus víctimas, tal vez nadie hubiera vuelto a recordarlos ya jamás. Pero la existencia de nuevos sucesos sangrientos volvía a poner de actualidad la crónica negra recogida en aquellos antiguos diarios coleccionados en unas

estanterías.

Blake evocó uno a uno los detalles, entre pintorescos y turbios, de un extraño caso criminal con diez años de vejez encima. Algo demasiado lejano para pensar que podía influir en las personas actualmente.

Y sin embargo...

Clark Forrester no había sido una buena persona ni una víctima angelical, ciertamente. Según las crónicas de su época, era un hombre rico, bien parecido, con notable éxito entre el género femenino, y falto de bastantes escrúpulos según los que le conocían bien. Había tenido diversos negocios, y en la actualidad —una actualidad con diez años de antigüedad en estos momentos—, el tal Forrester se ocupaba de las relaciones públicas en una importante casa de modas de Nueva

York. Hermosas y elegantes modelos convivían con él en aquel trabajo, y eso parecía molestar considerablemente a su esposa, Sheila Forrester, dama de la mejor sociedad neoyorquina, de soltera Sheila Hartman, de los Hartman de Filadelfia, aposentados por entonces en la Quinta Avenida neoyorquina, pero el elegante y guapo caballero parecía poco impresionado por los celos de su mujer en ese terreno, y eran harto conocidas sus frecuentes salidas nocturnas y aventuras galantes con las bellas y ambiciosas modelos de la casa, la Luxury, que buscaban en él su experiencia de amante pero también su indudable influencia para hacerlas subir vertiginosamente en su carrera.

Por entonces, había una modelo en la casa, particularmente hermosa y atractiva, llamada Stella King, mucho más deseable que las otras porque parecía ser inmune a los expertos y hábiles trucos de gentes como Forrester y otros ricos clientes de la Luxury, dedicándose tan sólo de lleno a su profesión.

Sin embargo, Stella King tenía una debilidad que muy pocos conocían, y que sólo se haría pública con motivo de los siniestros detalles de un caso criminal convertido en el asunto del día. La joven modelo había sido novia, algún tiempo atrás, de un hombre que ahora estaba casado con una mujer que había tenido un hijo siendo soltera. Ese hombre se llamaba Gordon Eisner y era diseñador de modelos para la firma Luxury. Su esposa, Ruth Eisner, nada parecía saber del asunto, ni tan siquiera que su marido hubiese tenido por novia anteriormente a Stella King.

Una noche, Clark Forrester se quedó hasta tarde en el edificio de la Luxury, y aprovechó que también Stella King se encontraba allí, acabando de ultimar los detalles de sus ropas en una inmediata exhibición. La asaltó, ante la resistencia de ella a dejarse seducir, y hubiera conseguido su propósito, de no acudir a los gritos de la joven modelo otra persona que se había quedado trabajando hasta tarde... y que no era otra que el diseñador Gordon Eisner. Al ver que su antigua

novia era la asaltada, golpeó violenta y repetidamente a Forrester.

La pelea fue feroz, y el fallido galanteador salió de ella muy malparado, porque Eisner era un hombre físicamente muy fuerte.

Ese incidente aproximó de nuevo a Stella a su antiguo novio, pero éste no tuvo tiempo de seguir adelante con el idilio, porque Forrester denunció la agresión a la dirección de la empresa, tergiversando los hechos, y el agresor fue despedido de modo fulminante.

Eisner se encontró en la calle, lleno de odio profundo hacia Forrester, que de ese modo fortalecía su puesto en la empresa y se deshacía de un adversario molesto para él.

Así las cosas, no duró mucho tal situación. Sólo días más tarde, Clark Forrester era hallado muerto en el departamento de Bisutería y Perfumería de la Luxury, sepultado bajo un alud de frascos de perfume y de cajas de maquillaje o bisutería fina, con el cráneo hundido a golpes y un horrible gesto de terror y asombro en su rostro.

Al parecer estaba solo en las instalaciones de la empresa cuando ello sucedió, y se encontraron señales de que alguien había entrado en el edificio por una azotea vecina, huyendo después de cometido su crimen.

El sospechoso más adecuado para tal hecho, no podía ser otro que Eisner.

Y a por Eisner fue la policía para interrogarle, al mando del teniente Milton Craddock, de Homicidios.

Eisner, sin embargo, escapó de su casa al ver llegar a la policía, ante el asombro y el pánico de su esposa, que nada sabía de las causas de su despido de la Luxury, en presencia de la hijita de ésta, Diana, que entonces contaba sólo nueve años.

Perseguido por la policía, fue a ocultarse en una vieja casa de la zona portuaria, donde se hizo fuerte, jurando ser inocente, pero armado con un revólver con el que abrió fuego sobre los policías sin contemplaciones.

Se montó un perfecto cerco en torno a la casa. Se le conminó a entregarse, prometiéndole que nadie iba a acusarle de nada precipitadamente y que sólo era un sospechoso más. Eisner, no se sabe si presa del pánico o de su propia conciencia culpable, se negó a rendirse, manteniendo su resistencia a las fuerzas de la ley.

Tras un largo sitio, el teniente Craddock logró arrancarle a Eisner la promesa de un encuentro a la puerta de la casa, para dialogar ambos, sin armas, y tratar de llegar a un acuerdo. Craddock fue sin revólver hasta la puerta y allí habló con Eisner durante unos minutos, sin que sus hombres, apostados entorno y bien parapetados, supieran lo que dialogaban. Lo cierto es que al final Craddock pareció obtener algo positivo, porque dio media vuelta, echando a andar hacia sus hombres, y dando la espalda a la casa, con gesto sonriente.

La sonrisa se la heló en la faz un disparo surgido de la casa, sin duda alguna, y que paró en seco su marcha. Cayó de bruces al pie de los escalones que daban acceso a la vivienda sitiada. Cuando sus hombres lograron rescatarle, en medio de un tiroteo violento, el oficial de Homicidios era ya cadáver. Una bala de revólver, del calibre 45, le había agujereado limpiamente el corazón, penetrando por su espalda.

Eisner fue acosado desde ese momento con un fuego rabioso pero ineficaz. El sitiado gritó en varias ocasiones, desde dentro de la vivienda, que era inocente y no había disparado en ningún momento sobre la espalda del teniente, pero nadie le prestó el menor crédito. Para entonces, Eisner era ya para todos un perro rabioso al que había que abatir como fuese.

Sin embargo, un grupo de especialistas de la policía, los famosos SWAP (*Los SWAP fueron conocidos en España como «Los hombres de Harrelson», a través de una serie de TVE que, sin embargo, también se llamaba «SWAP» en su original, siglas correspondientes a un cuerpo especial similar a los GEOS españoles. (N del E.)*), fueron quienes consiguieron penetrar en la casa y reducir a Gordon Eisner sin necesidad de acribillarle, como pretendían los vengativos compañeros del teniente Craddock.

Ya arrestado, fue conducido sin muchos miramientos a la estación policial y, según varios reporteros de entonces, larga y brutalmente interrogado en las dependencias policiales, sin permitirle descansar ni comer o beber, hasta que, extenuado y casi inconsciente, firmó su confesión de que, en efecto, había asesinado a Clark Forrester por odio personal y deseos de venganza, y al teniente Craddock para no rendirse y demostrar su decisión de morir matando.

De poco le sirvió luego al acusado negar todo eso y afirmar que había confesado bajo coacción, presiones y vencido por el agotamiento físico y psíquico de un interrogatorio tan brutal como inconstitucional. No se pudo probar que ofreciera huellas de violencia en su cuerpo, y esa excusa fue rechazada por los tribunales que, tras un largo y apasionante proceso, le condenó a la pena capital por unanimidad en el veredicto del jurado.

Por el banquillo de los testigos pasaron personas como Ruth Eisner, esposa del acusado, Sheila Forrester, viuda de la primera víctima, y Jessie Craddock, hermana del policía muerto, el teniente Craddock. Y también Stella King, la bella modelo, requerida por la defensa como testigo favorable al acusado. Y hasta Karin Benson, directora general de la empresa de alta costura, bisutería y cosmética Luxury.

Durante las jornadas judiciales se probó que el acusado no había sido nunca ninguna bestia feroz ni ningún ser violento, pero los últimos acontecimientos pesaban decisivamente en la opinión pública y, por tanto, en la de los propios miembros del jurado, que no vacilaron en sentenciar al reo a la pena de muerte.

Gordon Eisner fue ejecutado en la fecha señalada, tras rechazar el gobernador del Estado de Nueva York las peticiones de clemencia a él dirigidas y confirmar la fatídica resolución dictada en su día.

Eisner fue uno de los últimos ejecutados en el Estado de Nueva York, antes de que la campaña contra la pena de muerte suspendiera una larga serie de ejecuciones, pero eso evidentemente no debió servirle de gran consuelo al infortunado cuando se le aplicaron los electrodos en la fatídica silla, y una carga de alto voltaje pasó por ellos, causándole el fallecimiento inmediato.

Todo eso había sucedido diez años antes.

Y ahora, tras aquel largo plazo, algo ocurría en la ciudad y volvía a traer a la actualidad los trágicos hechos de entonces.

Blake Sloane acabó de ordenar aquel puzzle en su mente cuando pulsaba el llamador de una puerta en un elegante apartamento de las proximidades de Central Park.

La puerta se abrió lo justo para que asomara un bonito rostro por la rendija que dejaba la cadena de seguridad entre la hoja de madera y su marco.

—Si vende algo, pierde su tiempo —dijo sin rodeos—, No compro nada.

—No soy vendedor —le tendió sonriente una tarjeta de visita y se presentó a sí mismo—: Blake Sloane, detective privado.

—Oh, entiendo —le estudió con recelo—. No está mal.

—¿Qué es lo que no está mal?

—Usted. No es Bogart ni Mitchum, pero no está mal. Hace poco vi un ciclo dedicado a Sam Spade y a Philip Marlowe en la televisión. Creí que todos los detectives eran parecidos.

—Pues ya ve que no. Hay quién me ha dicho que parezco un alto ejecutivo de la NASA o de la ITT. Ahora no llevamos gabardina vieja ni sombrero arrugado.

—¿Qué ha venido a buscar aquí? —se interesó ella.

—Hablar con alguien que conoció a Gordon Eisner, eso es todo.

—¿Quién le dijo que yo conocí a alguien de ese nombre?

—Los periódicos. Son una crónica que sobrevive a todo. Basta husmear en una hemeroteca para volver al pasado.

—Yo no tengo ningún interés en el pasado. Creo que, aunque no venda nada, sigue perdiendo su tiempo lastimosamente, señor... er... Sloane.

—Es lo que usted dice, señorita King. Yo opino distinto. Pensé que usted podía ser la Dama Negra.

—¿Ser yo... quién? —preguntó con voz repentinamente aguda la bella dama.

—La Dama Negra. La asesina que utiliza Vissón Número 7 para firmar sus crímenes con un penetrante perfume a jazmines. Lo siento.

Ya me voy.

—Espere —rogó ella de pronto—. Ya le abro.

Cerró, sólo para abrir totalmente a su visita. Blake sonrió, inclinando la cabeza y pasó al interior del apartamento.

Era realmente lujoso, amplio y elegante. Sloane observó que numerosas fotografías en color con la modelo aparecían adornando los muros. Era tan distinguida como hermosa. Su figura resultaba de un atractivo irresistible, pero jamás procaz, ni siquiera en dos grandes fotografías de desnudo completo. Blake recordó haberla visto en algún spot publicitario con anterioridad.

—De modo que la carrera de modelo sigue viento en popa.

—No tanto como parece. Trabajo mucho en TV y en agencias de publicidad, pero la profesión no anda bien. Hay mucha competencia... sobre todo cuando ya se han cumplido treinta años, señor Sloane —confesó ella amargamente.

—¿Treinta años ya? —la miró con asombro—. Cielos, no se lo diga a nadie, señorita King. No aparenta más de veintitrés como máximo.

—Es usted un ángel —rió la hermosa rubia de cabellos sedosos y profundos ojos ambarinos, apoyando una manicurada, fina mano sobre su hombro—. Ya tenía veinte cuando mataron a Gordon Eisner, y de eso hace ya una década. Procuro cuidarme, pero las jóvenes vienen apretando fuerte. Y muchas de ellas tienen pocos escrúpulos.

—¿Usted sí los tuvo entonces?

—Demasiados, creo. Si no, Forrester y otros como él me hubieran ayudado, Esa clase de tipos siempre exigen algo a cambio de su apoyo. Forma parte de mi mundo.

—Y de todos los mundos que conozco —suspiró Blake—. ¿Amó usted realmente a Gordon Eisner?

—Creo que nunca llegué a saberlo a ciencia cierta. Era un buen muchacho, aunque algo rudo. Fue mi novio cuando yo sólo tenía dieciocho años. De repente rompimos, y cuando volví a verle se había casado por piedad con una chica soltera que tenía una niña de seis o siete años. Creo que él seguía sintiendo algo por mí. Por eso me ayudó cuando fui atacada por Forrester. Pero de eso a matarle yo... No, creo que dejé de amarle, si es que en verdad había llegado a sentir amor por él, cuando rompimos la primera vez. Luego sólo le consideré como un buen amigo. Y de repente, todo aquel horrible suceso... Aquellos acontecimientos espantosos que terminaron con su muerte.

—¿Cree que mató a Forrester?

—No sé qué pensar ahora, visto desde lejos. Entonces le creía inocente. La muerte del policía ya era distinto. Lo atribuí a un momento de locura por su parte. Aun así, acepté ser testigo de la defensa para ayudarle.

—Ahora diez años después, alguien está matando a la gente

relacionada con Eisner de algún modo: el juez que le condenó, el testigo que juró haberle visto salir huyendo de la casa Luxury cuando mataron a Forrester... Y también el teniente Cortland que fue quien le puso las esposas tras capturarles los SWAP, y le condujo hasta la celda donde fue brutalmente interrogado después por un puñado de policías nada ortodoxos y menos humanitarios.

—He leído todo eso, sí.

—¿Y cree que es una venganza por parte de alguien que estimaba a Eisner?

—No sé qué pensar. ¿Por qué tuvieron que esperar diez años para eso?

—Es una de las cosas que yo también me pregunto, señorita King.

—Si ha pensado en mí como esa Dama Negra del perfume... se equivoca totalmente —rió la modelo, irónica, sentándose en el brazo de una butaca y cruzando indolente sus muy bonitas piernas—. No tengo alma de Némesis. No podría matar ni a una mosca. Y ya le he dicho que creo no sentir absolutamente nada por el pobre Eisner, aunque lamentara mucho su trágico final.

—No esperaba una confesión suya, aunque fuese usted la mismísima mujer enlutada que va liquidando gente por ahí —sonrió Blake—. Digamos que sólo estoy tratando de hallar a alguien que me oriente hacia personas que pudieran, por una u otra causa, ser sospechosas de esa fúnebre tarea que alguien se ha adjudicado.

—¿Por qué investiga todo eso? ¿Le ha contratado alguien?

—Sí, en efecto.

—¿No me va a decir quién?

—Forma parte del secreto profesional, señorita King. Además, no es cosa que pueda preocuparle, especialmente/si vive ya tan alejada de todo aquel drama de otro tiempo.

—Bueno, verá... —la hermosa modelo paseó por el living con lentitud, la mirada perdida en el vacío—. Lo cierto es que quisiera saber qué está ocurriendo. ¿Usted cree de veras en una venganza de alguien?

—Parece lo más lógico.

—¿Alguien que quiso tanto a Eisner como para desear ahora acabar con todos los que le causaron daño?

—Sí, es un modo de explicar las cosas. Lo que no veo muy claro es el detalle del perfume...

—Yo tampoco. A menos que tenga alguna relación con la forma de morir Forrester, sepultado entre frascos de perfume, cajas de maquillaje y bisutería...

—Muy cierto. Ya pensé en eso al leer el detalle —convino Blake deteniéndose ante la puerta que comunicaba el living con el dormitorio de la modelo. Sus ojos se fijaron en el tocador, no muy

alejado—. Veo que usa usted perfume Vissón Número 7...

—¿Por qué no habría de usarlo? Es muy habitual en mi mundo, señor Sloane. Un perfume caro, elegante, charmant, como dicen los franceses...

—Sí, claro. ¿Por qué usará esa dama semejante perfume para empapar a los cadáveres que va dejando por ahí?

—No puedo contestarle. Ya le dije que yo no soy ella. Pero se me ocurre una explicación bastante probable.

—¿Cuál?

—Ella debe usar en su vida normal el mismo perfume. Por eso cuando va a matar a alguien lo utiliza. Es un modo de impedir que la relacionen con otro perfume distinto, que pudiera mezclarse con el que ella lleva en una mescolanza demasiado reveladora. Después de todo, mucha gente de la buena sociedad y del espectáculo utiliza ese perfume. Resulta algo impersonal, a pesar de su aroma. Si la criminal es una mujer de buena posición, no hay duda alguna de que ese perfume no puede delatarla por sí solo. Nadie se atrevería a acusar a una dama respetable de asesinato basándose en tan pobre evidencia.

—Tal vez tenga razón. Por eso quería hablar con usted. Una mujer siempre tiene muchas más posibilidades de ahondar en el alma y los motivos de otra mujer, aunque sea para ella una perfecta desconocida.

—Estoy segura de que no vino a verme sólo por eso, señor Sloane. En realidad, usted sigue sospechando que yo, por amor a un recuerdo, pueda ser su... su Dama Negra, no lo niegue.

—No lo niego —suspiró Blake sonriente—. Es una sospechosa perfecta. La primera en quien pensé al leer la historia de aquel suceso. Pero quizás demasiado evidente como tal, como para resultar auténtica. Perdóne si la he molestado. Ya me voy.

—¿No se queda a tomar una copa? Empiezo a encontrarme a gusto en su compañía. Es usted un chico simpático. Y ya le dije que no está nada mal.

—Me quedaría todo el día por mi gusto, pero tengo mucho trabajo por hacer, y me pagan a tanto por día. Sería un modo poco honesto de ganarme mi salario si hiciera perder así el tiempo y el dinero a un cliente. Tal vez nos veamos otro día, señorita King.

—Tal vez. Puede llamarme Stella, simplemente.

—Gracias, Stella —llegó a la puerta y la comenzó a abrir. Luego se volvió, miró pensativo a la elegante dama y le preguntó con voz suave —: Por cierto, si usted estuviese en mi lugar, ¿quién sospecharía que es la Dama Negra?

Stella King sonrió a su vez, se tocó el mentón con un dedo, poniendo un aire traviesamente reflexivo y contestó apaciblemente:

—No soy un detective... pero sospecharía de la viuda de Eisner, naturalmente. Es la sospechosa ideal para imaginarla llevando a cabo

su venganza, ¿no cree?

—Pues si —admitió Blake, con un bostezo, saliendo al pasillo—. Pero también demasiado evidente, diría yo...

Y tras hacer a la modelo un saludo reverente, se alejó hacia los ascensores del lujoso edificio de apartamentos.

Capítulo IV

—¿Por qué ha venido a verme, señor Sloane?

—Porque estoy investigando unos asesinatos, señora Eisner. Sólo por eso.

—Yo no tengo nada que ver con ellos. ¿O es que pretenden ahora ajusticiarme a mí, como antes hicieron con mi pobre marido? ¿Es que aún no tienen bastante con su sangre para pretender la mía?

—Señora Eisner, yo no soy de la policía. Sólo soy un investigador privado. Alguien me contrató para descubrir quién está matando a la gente que se relacionó con el caso Eisner hace diez años, eso es todo.

—Pues conmigo pierde lastimosamente el tiempo. No sé nada de nada. Ni tengo ganas de hablar con usted de ninguna cosa relacionada con ese asunto.

—No se muestra muy amable conmigo, señora —se quejó Sloane.

—¿Por qué habría de serlo? —se irritó la madre de Diana contemplándole con ojos hostiles—. Yo he procurado olvidar a lo largo de estos años, y no siempre me resultó fácil, puede creerme. Ahora no tengo por qué aceptar que nadie venga a abrirme las viejas heridas otra vez.

—Lamento que ello sea así, puede creerme.

—Usted no lamenta nada. Es un maldito sabueso que trabaja por unos dólares y no le importa hacer daño a los demás si eso llena sus bolsillos.

Sloane contempló a aquella mujer amargada, endurecida, todavía bien parecida y con cierto atractivo, pese a sus canas salpicándole el cabello castaño, y pese al rictus de fatiga y de dolor que revelaba su boca involuntariamente.

La casa de las Eisner era modesta y pulcra. Ella vestía sobriamente, pero tenía una cierta elegancia natural. Como su hija Diana, olía suavemente a jazmines.

—¿No ha vuelto a casarse? —preguntó Blake.

—No. Nunca. No necesito a nadie para salir adelante. Mi hija y yo trabajamos. Ganamos lo suficiente para vivir de forma digna.

—Sí, ya lo veo. Usted, como esposa de Gordon Eisner, imagino que le creyó siempre inocente...

—Siempre. Hasta el último momento. Pero eso sirvió de poco.

—¿Sigue pensando que lo era en realidad?

—¿Inocente? Claro que sí. No hubiera podido ser un asesino.

—Se refugió en una casa y disparó contra la policía. Incluso dicen que mató a uno...

—Es falso. Estaba desesperado. Se hizo fuerte en aquel edificio, como un perro acosado. Pero no disparó sobre aquel oficial de policía, estoy segura.

—No es eso lo que cuentan los testigos...

—¡Los testigos! —repitió ella, desdeñosa—, ¿Qué testigos? ¿Los demás policías? Tal vez ellos mismos mataron a su compañero en el tiroteo. Luego trataron de echarle las culpas a Gordon. ¿Qué más daba ya, si iban a matarle en la silla? Pero él no mató a ninguno de ellos, podría jurarlo.

—Pegó fuerte a Forrester para defender a la señorita King...

—Era muy caballeroso. Y él había conocido de antes a Stella King, luego lo supe. Pegar a un hombre no es igual que matarle, señor Sloane.

—Lo sé, lo sé. Si su marido no mató a Forrester, ¿quién pudo hacerlo?

—Eso ya no lo sé. Debió averiguarlo la policía, no yo. Pero los policías tenían suficiente con disponer de un culpable ideal. Lo demás contaba poco. Le echaron todo encima a mi marido, y salieron limpios de aquel feo asunto. Fue una infamia.

—Si realmente están intentando vengar ahora a su esposo, señora Eisner, ¿quién podría hacerlo? Parece algo sin sentido, después de tantos años...

—Le repito que no sé nada. Ni me importa. El hecho de que quieran vengar a Gordon no va a devolverle la vida a él. De modo que todo eso me tiene sin cuidado.

—Su hija tenía entonces nueve años. Ahora son ya casi veinte los que cumple. ¿No pudo ser ella quien guardó en su alma el rencor por lo sucedido y ahora, que es ya mayor de edad, haya decidido...?

—¡No, rotundamente no! —se irguió Ruth Eisner, casi violenta, agresiva, con sus ojos fulgurando rabiosamente—. ¡Le prohíbo que haga semejante insinuación siquiera! Mi hija no era hija de Gordon. Le quería, pero eso es todo. No tendría por qué hacer ahora nada para vengarse de aquello. Está diciendo monstruosidades.

—Lo lamento. Pensé que eso sí explicaría el retraso de diez años en llevar a cabo la venganza. Una niña de nueve años, difícilmente podría intentarlo.

—No hablemos más. Le ruego que salga de inmediato de mi casa. Si no lo hace, seré yo quien llamaré a la policía para que le eche.

—No se sulfure, señora, ya me voy —sonrió conciliador Blake, poniéndose parsimoniosamente en pie—. Siento haberle molestado con mis palabras. Sólo trato de buscar la verdad. Una verdad que tiene

sus raíces en el pasado, diez años atrás. Demasiado lejana para salir con facilidad a la superficie. Pensé que usted podría ayudarme de alguna forma, pero veo que no es así.

—Es que ni siquiera lo pretendo. Aunque sea cierto que alguien está vengando a mí amado Gordon... no movería un dedo para ayudar a que le desenmascarasen.

—¿Aunque fuese otra mujer que amó a su marido o fue amada por él? —sugirió desde la puerta del piso Blake.

—Es usted insidioso y astuto como un reptil —le acusó Ruth Eisner, con mirada colérica—. Ni siquiera en ese caso delataría a esa mujer que está dando a cada uno lo que se merecía.

—Comprendo sus sentimientos, pero creo que no es del todo sincera. A usted, en el fondo, le aterra todo lo que está sucediendo. Y se pregunta por qué... por qué.

—Buenas tardes, señor Sloane. Le agradeceré que no vuelva más por aquí —dijo ella con voz glacial y gesto inescrutable.

—Adiós, señora Eisner —suspiró Blake, saliendo de allí y cerrando suave tras de sí.

* * *

Era la tercera mujer a quien visitaba en poco tiempo. Y esta vez consideraba a su interlocutora la más difícil de todas. Tampoco era sencilla tarea abordar el tema de conversación.

—Señora Warren... tengo entendido que antes de llamarse usted así, era simplemente Jessie Craddock.

—Así es. Hermana del teniente Milton Craddock, asesinado por un delincuente hace ya diez años —corroboró ella con voz pausada y gesto tranquilo.

—Ese delincuente fue Gordon Eisner, ¿verdad?

—Sí. Murió en la silla eléctrica —suspiró ella—. Pero no por la muerte de mi hermano, sino por la de otro hombre.

—Tanto daba morir por uno como por dos.

—Así es, señor... —dirigió una ojeada a la tarjeta de visita—. Señor Sloane.

—Supongo que no hubo dudas acerca de que fuese él quien mató a su hermano...

—Ni la más mínima —rechazó ella—. Estaba acorralado en una casa. Fue a parlamentar con él para que se entregase, sin armas en sus manos. Al regresar sonó un disparo desde la casa. Y Milton cayó muerto...

—¿No hubo duda sobre que el disparo llegó de la casa?

—Ni la más mínima. Todos lo comprobaron así. Y dentro del edificio sólo estaba aquel hombre, Eisner. Sus protestas de inocencia

durante el proceso eran grotescas. Nadie creyó en ellas.

—Sí, eso imagino. Supongo que todo eso habrá quedado ya en el olvido para usted.

—La muerte de un hermano en esas condiciones jamás se olvida. Yo sigo recordándolo como si hubiera ocurrido recientemente. No puedo evitarlo.

—Usted ya debe saber que han matado a tres personas recientemente. Todas ellas relacionadas con aquel caso...

—Sí, lo he leído. Una mujer enlutada ha cometido tres crímenes, ¿se refiere a eso?

—En efecto.

—Una de las víctimas era amigo nuestro: el teniente Copland, de Homicidios. Fue quien llevó a Eisner a la estación de policía tras su arresto y le interrogó, logrando su confesión.

—Se dijo que por medios brutales y poco ortodoxos...

—La gente a veces gusta de defender a los criminales y ofender a los policías —objetó ella secamente.

—Es posible que sea así. Pero su muerte ahora, parece responder a una idea de venganza por parte de alguien, ¿ha pensado en ello, señora Warren?

—Lo hemos pensado los dos, señor. ¿Quién es usted y a qué ha venido?

Blake se volvió, sobresaltado por el tono seco y autoritario de aquella voz varonil. Como temiera, el esposo de Jessie Warren había vuelto demasiado temprano a casa. Estaba ahora allí, a la entrada del salón, la mirada dura y gris fija en él desde un rostro que parecía tallado en granito. Vestía un traje demasiado amplio para su talla, y la corbata era excesivamente chillona.

—Perdone —dijo levantándose—. Soy detective privado. Hablaba con la señora de lo que está sucediendo ahora, en relación muy posible con el caso Eisner. No sé si usted sabrá a qué me refiero, pero...

—Sé perfectamente a lo que se refiere —dijo Warren con sarcasmo, quitándose la chaqueta para colgarla en un perchero.

Y entonces, Blake comprendió su patinazo. Claro que debía de estar bien enterado el marido de Jessie Warren. Ahora, en su pantalón, en el bolsillo delantero, asomaba algo que la chaqueta había mantenido oculto hasta entonces.

Ese algo era una placa de policía prendida a una pieza de cuero.

—Sargento Dustin Warren, de Homicidios —se presentó con sarcasmo, dirigiendo una ojeada burlona al investigador—, ¿Cree que no estoy bien informado de todo?

—Bueno, supongo que sí... —admitió Blake, aturdido, meneando la cabeza.

—Y a usted, amigo, ¿quién le ha dado vela en este entierro? —quiso saber el policía.

Blake supo que había llegado el momento de ser él quien respondiera a las preguntas de otra persona.

* * *

Había sido un mal trago, pensó mientras cenaba en un restaurante cercano a su casa, con los pies cansados y la cabeza llena de aturdimiento.

Jessie Craddock había decidido elegir como marido a un colega de su difunto hermano y eso no tenía nada de particular. En realidad debería de haberlo sospechado antes. Pero no fue así, y ahora se maldecía por su estupidez. Claro que la policía ya había tomado buena nota de los tres crímenes, relacionándolos con Gordon Eisner a causa de la personalidad de los tres asesinados, pero ahora los polizontes sabían algo más: que alguien había contratado un detective privado para investigar el asunto.

Había conseguido mantener en el anónimo el nombre de su cliente, pero el sargento Warren le había amenazado con informar de su negativa al capitán Knowles, encargado oficialmente del caso de la Dama Negra. Lo que el tal Knowles pudiera decidir al respecto, le tenía preocupado a Blake. Había oído hablar algunas cosas de aquel policía, y ninguna buena en relación con los investigadores privados, que parecían formar una fauna que en absoluto gozaba de las simpatías del capitán de Homicidios.

De todas formas, Warren no se había mostrado demasiado agresivo, y eso ya era algo, aunque no demasiado. Los policías eran muy sensibles a los asuntos que les afectaban a ellos más o menos directamente. Y el hecho de que el teniente Copland, ya retirado del servicio activo, hubiera sido una de las víctimas de la mujer enlutada, unido al hecho de que el teniente Craddock ya fuera víctima años atrás de Gordon Eisner, les había puesto esa sensibilidad a flor de piel, y no acogían con simpatía a ningún detective privado que quisiera husmear en lo que ellos consideraban que era coto privado suyo.

—Si descubre algo relacionado con este endiablado asunto y se lo guarda para sí, habrá firmado su sentencia de muerte como investigador particular, Sloane —había sido la clara advertencia del sargento Warren al marcharse de su casa poco menos que con el rabo entre las piernas.

Y ahora, mientras saciaba su apetito, se maldecía por no haber sido más cauto y mantenerse al margen de la policía el mayor tiempo posible.

Terminó su cena, salió a la calle y se encaminó a casa para intentar

descansar aquella noche y reanudar la tarea al día siguiente.

No podía saber que, en aquellos precisos momentos, una misteriosa dama de negro estaba llevando a cabo en otro punto de la ciudad su cuarto asesinato.

* * *

Los rascacielos eran como enormes torres negras proyectadas al oscuro cielo nublado de Manhattan. En ellas, las luces de ventanas y luminosos comerciales, formaban una constelación de color y de resplandor que convertía la noche de Nueva York en un ascua de luz.

Barney Gotfried, fiscal del distrito, un veterano de los foros neoyorquinos, terminó su cena en el restaurante del que era habitual cliente desde que enviudara y ya nadie le esperase en casa con una apetitosa cena preparada. De eso hacía ya varios años, y el fiscal se había habituado a su nueva forma de vida.

Pagó la cuenta, dejó la propina habitual, y se encaminó a la salida, acompañado por el dueño del establecimiento, al que le unía ya una vieja amistad. Ambos hombres charlaron de varias trivialidades hasta despedirse en la salida. Barney Gotfried se alejó por la acera, abotonándose el abrigo y tarareando entre dientes una cancioncilla popular en aquellos momentos.

El aire era fresco y húmedo, presagiando lluvia nuevamente a no tardar mucho. El hombre de leyes miró ceñudo al cielo, iluminado por el resplandor de las luces de Manhattan y meneó la cabeza con aire contrariado.

—Seguro que se estropeará otra vez el fin de semana —comentó entre dientes, lamentándolo por la pesca que pudiera perder con el mal tiempo.

Llegó al cruce y esperó el cambio de semáforo viendo pasar los vehículos ante él. Recordó que llevaba un diario en el bolsillo del abrigo y lo extrajo, desplegándolo para ver los titulares, que ni siquiera había tenido ocasión aún de examinar.

No le gustó lo que veía en primera plana y torció el gesto, contrariado. Los titulares eran sensacionalistas, como sucedía siempre en los periódicos cuando querían vender con facilidad. Eso gustaba siempre al gran público, pero no a personas como él, relacionadas con el suceso de un modo mucho más serio y responsable:

¿QUIEN ES LA DAMA NEGRA QUE ASESINA CON UN
PENETRANTE PERFUME COMO FIRMA? ¿ES CIERTO QUE
ALGUIEN ESTA VENGANDO LA MUERTE EN LA SILLA
ELÉCTRICA DEL ASESINO GORDON EISNER?

—Esos estúpidos... —murmuró irritado, estrujando el diario entre sus fuertes manos de hombre nacido en una granja del Medio Oeste, y llegado a la carrera de leyes por propio esfuerzo.

Caminó con más apresuramiento al cambiar la luz del semáforo. Su rostro reflejaba ahora una mezcla de contrariedad y de duda. Era evidente que la noticia de la «prensa amarilla» había hecho mella en su ánimo con mucha mayor intensidad aún que la proximidad de un cambio de tiempo adverso para sus planes del week-end.

Llegó a la acera opuesta. Tras una indecisión, entró en una cabina telefónica a hizo una llamada. Le respondió una voz grave, tras pasarle comunicación a alguien determinado, desde una centralita telefónica:

—Teniente Knowles. ¿Quién llama?

—Soy el fiscal Gotfried, teniente.

—¡Señor fiscal, qué sorpresa! —exclamó el policía—. ¿A qué debo el honor de su llamada?

—Quisiera saber cómo tiene el asunto de esa mujer que mata dejando una estela de perfume.

—Oh, ¿la Dama Negra, como empiezan a llamarla los reporteros baratos? Acabo de hacerme cargo de él, señor. Hasta ahora lo llevaba el teniente Forbes, pensando que era un caso más. La identidad de las víctimas ha hecho suponer a este departamento que podría tratarse de algo relacionado con Gordon Eisner.

—Eso ya lo he leído en los diarios —replicó desabridamente Gotfried—. Usted sabe que yo acusé a aquel hombre hace diez años. Fue uno de mis primeros éxitos profesionales como fiscal.

—Lo recuerdo muy bien, señor. Tengo ante mí el dossier del caso Eisner.

—Bien. Pues me interesa que investigue a fondo ese asunto. Tengo un interés personal en él, como podrá imaginar fácilmente. No es que tema nada por mi propia seguridad, pero quisiera saber si alguien está lo bastante loco como para, al cabo de diez años, desenterrar un viejo asunto cerrado y olvidado, para comenzar a abatir a todos cuantos tuvieron algo que ver en el arresto, confesión y procesamiento del criminal.

—Sí, señor fiscal, estamos en ello ahora mismo.

—Otra cosa, teniente: yo que usted no me fiaría demasiado de la personalidad y sexo de ese criminal enlutado. Nadie le ha visto realmente el rostro. Sólo la figura. Recuerde que un buen travesti podría engañarles a todos con suma facilidad.

—¿Un hombre, señor? —la voz del policía sonaba perpleja.

—¿Por qué no? Hoy en día hay muchos hombres vestidos de mujer, incluso ejerciendo la prostitución por determinados locales de mala

nota de la ciudad, lo sabe usted tan bien como yo. Es sólo una posibilidad, pero yo que usted la tendría en cuenta, amigo mío.

En ese punto, la voz sonó suave, enormemente aterciopelada y femenina, a sus espaldas, dentro mismo de la cabina telefónica:

—Yo que usted, señor fiscal Gotfried, no estaría tan seguro de eso. Le puedo garantizar que soy mujer... y muy mujer...

Sorprendido y con cierto sobresalto, el hombre de leyes giró su cabeza, lanzando una imprecación.

—¿Qué diablos significa...? —comenzó con aspereza.

No dijo nada más. Se encontró cara a cara con una dama totalmente enlutada, sobre cuyo rostro caía un espeso velo de igual color que sus guantes, sombrero, vestido y zapatos. Una de esas enguantadas manos alzó el velo, para mostrar fugazmente un rostro indudablemente femenino al hombre de la cabina. La otra mano, a la altura de la cadera, apretó el gatillo de una pequeña pistola de lujosas cachas de nácar y niquelado cuerpo brillante. Esta vomitó dos balas a quemarropa, sobre el hígado y el estómago del fiscal del distrito.

—¡Dios mío! —gritó roncamente Gotfried, al sentirse perforado por el caliente metal de los proyectiles.

Aunque los disparos sonaron muy amortiguados dentro de la cabina, mezclándose con el ruido del tráfico a aquellas horas de la noche en pleno Manhattan, debieron llegar, junto con el ronco jadeo de la víctima, a oídos del teniente Knowles, a través del hilo telefónico.

—¡Señor Gotfried! —llamó apremiante el policía—. ¿Qué sucede ahí?

El fiscal boqueó, tratando de decir algo. Soltó el auricular, que golpeó sordamente los vidrios de la cabina. Su asesina le miró fríamente, con una sardónica sonrisa que ocultó su velo con rapidez. La pistola de lujo humeaba en su mano tenuemente tras el doble disparo.

—Ahora ya sabe lo que significa morir, ¿verdad, señor acusador? —fueron sus duras y heladas palabras.

El hombre herido trató de alzar un brazo y alcanzarla. Se tambaleó, con la muerte ya en el semblante, sin poder aferrar a su verdugo. Ella retrocedió ágilmente un paso, miró en torno, advirtiendo que nadie había notado lo que sucedía en aquella cabina callejera, extrajo de su bolsillo un frasco de vidrio con tapón oval, y lo destapó, arrojando sobre las ropas y rostro del fiscal un chorro de intenso, penetrante perfume.

Un denso aroma a jazmines invadió pegajosamente el aire. Gotfried jadeó algo entre dientes, se convulsionó y cayó de rodillas antes de desplomarse de bruces en el suelo, justo en el umbral de la cabina.

—¡Señor fiscal, responda! —sonaba por el auricular la voz aguda del teniente de Homicidios—, ¡Responda! ¿Qué es lo que pasa?

Gotfried ya no podía responderle en un sentido o en otro Y la mujer enlutada se alejaba presurosa, taconeando ligera sobre el asfalto, y dejando tras de sí un nuevo cadáver que añadir a la macabra lista de sus víctimas.

Capítulo V

El teniente Knowles contempló ceñudo al hombre que acababa de abrirle la puerta con cara somnolienta. A su lado, el sargento Warren tampoco mostraba rostro de buenos amigos.

—¿Podemos entrar, Sloane? —preguntó el oficial de Homicidios con acritud.

Y mostró su credencial, aunque no era precisa, viniendo como venía con el actual marido de la hermana del policía Craddock. Blake se hizo a un lado, con gesto perplejo.

—Claro —dijo—. Están en su casa, no faltaba más.

—Muy amable —rezongó Knowles, penetrando en la vivienda como si fuese montado a caballo en pleno Oeste. Warren le siguió, algo más discretamente—. ¿Dormía usted?

—No. Cantaba ópera —rió Blake, sarcástico.

—Mire, no se haga el gracioso conmigo, Sloane, porque no le va a salir bien —amenazó Knowles, enarbolando ante Blake un dedo tan grueso como una salchicha Bratwurst—. Soy el teniente Knowles, de Homicidios, y vengo a verle por algo muy grave.

—Soy todo oídos. Pero le aseguro que hoy no es mi día de matar a nadie.

—Siga haciendo chistes, y dormirá en una celda de la estación de policía —bramó malhumorado Knowles—, Acaban de matar a un hombre, Sloane. Al fiscal del distrito, Barney Gotfried.

—Vaya, sí que lo siento. Pero ¿qué tengo yo que ver en eso?

—Tal vez mucho. Warren me ha contado que usted anda metido en una serie de investigaciones en torno a Gordon Eisner y unos crímenes que se están cometiendo en estos días.

—Yo no investigo esas muertes, teniente. Sólo los hechos de hace diez años. No me lo puede impedir nadie.

—Yo se lo puedo impedir. La labor de un investigador privado no es meter sus narices en asesinatos ni cosa parecida, sino ocuparse de divorcios, chicas desaparecidas y cosas así. Al fiscal le ha matado la Dama Negra. Lo encontramos en la cabina telefónica desde donde estaba hablando conmigo cuando fue sorprendido. El lugar apestaba a perfume.

—De jazmines, supongo —dijo Blake, ahora con cautela y con gesto serio.

—De jazmines, sí —afirmó ceñudo Knowles—. ¿Qué tiene que decirme?

—Nada. Es la primera noticia que tengo de ese nuevo crimen.

—Lo supongo. Pero usted debe saber algo que a mí me interesa conocer, Sloane. Por ejemplo, ¿quién tiene el suficiente interés en ese asunto como para contratar a un detective privado?

—Eso es asunto mío nada más, teniente. Existe el secreto profesional.

—A mí no me venga con esas, Sloane. ¿De veras quiere perder su licencia de detective o prefiere cooperar conmigo de buen grado?

—Creo que no me deja usted otra alternativa —suspiró Blake, contrariado.

—Y que lo diga. Niéguese a colaborar y es detective acabado, se lo juro. Bien, estoy esperando el nombre de su cliente, por todos los diablos.

—Diana Eisner —dijo de mala gana Blake, inclinando la cabeza.

—¿Diana Eisner? ¿La hijastra de Gordon Eisner?

—La misma, sí.

—¿Seguro que no me está engañando con uno de sus trucos?

—Seguro, teniente. Puede confirmarlo cuando desee.

—¿Por qué le contrató?

—No lo sé. Supongo que debe tener algún interés personal en saber si su padrastro fue culpable o inocente.

—De eso hace ya diez años, Sloane. Demasiado tiempo para preocuparse ahora por ello.

—La chica tiene sólo diecinueve años. Tal vez pensó que era hora de intentar saber algo más de lo que contaron los periódicos y la policía.

—¿No le ha contratado para investigar estos crímenes de ahora?

—No —negó fríamente Blake—. Sólo le interesa su familia. Y en eso no existe infracción alguna. Soy muy libre de husmear un asunto tan viejo y que la policía dio definitivamente por cerrado con la captura, proceso y muerte de Gordon Eisner.

—Eso suena demasiado inocente para ser cierto. Además, al cometerse ahora estos crímenes, se reabrirá el caso Eisner con toda seguridad. El fiscal Gotfried era el acusador público en aquel asunto.

—Lo sé. Lo leí en los periódicos, teniente.

—Bien, ¿y qué ha averiguado hasta ahora, Sloane?

—Poca cosa que no se sepa ya. Que mucha gente sigue creyendo culpable a Eisner. Y otros no. Y que Forrester era un granuja de siete suelas.

—Pero el teniente Craddock no lo era —cortó áspero el oficial de policía—. Fuimos compañeros, Sloane. Entonces yo era sólo un policía de patrulla. Y él era un gran tipo, un buen amigo. Eisner lo mató. Ahí no caben dudas.

—Yo no digo que las haya. No soy el abogado defensor del espíritu de Eisner, sino solamente un investigador privado que trata de atender a una cliente.

—¿Seguro que no sabe nada más?

—Si lo supiera se lo diría, teniente.

—Eso es lo que más dudo de usted. ¿Tampoco nada sobre la dama de negro?

—Menos aún. Es como un fantasma. Aparece y desaparece. Sólo deja su perfume de recuerdo. Pero como usted sabe, ése no es mi caso, teniente. No puedo investigar algo que pertenece a ustedes, es la ley.

—Pues siga manteniéndose dentro de esa ley en todo momento, Sloane —amenazó el teniente, iniciando la salida—. Nos veremos otra vez, estoy seguro. Y por su bien, espero que no se guarde para usted lo que pueda averiguar, bien entendido que sólo podrá ocuparse de lo relativo a Gordon Eisner, no a la dama de luto. ¿Está eso claro, amigo?

—Como la luz del día, teniente —asintió Blake, cerrando luego la puerta tras de sus visitantes nocturnos, con una sonrisa irónica en sus labios.

Sonrisa que desapareció apenas se ausentaron ellos y él cerró la puerta. Su rostro tomó un gesto grave, profundamente preocupado. Meneó la cabeza, murmurando para sí con voz ronca:

—De modo que ha matado otra vez... Y van cuatro ya. Me pregunto cuántas personas más, relacionadas con Gordon Eisner, tienen que morir aún para que esa extraña mujer se sienta satisfecha de su ajuste de cuentas...

Y aunque regresó a la cama, de donde le habían sacado los recios golpes del teniente sobre su puerta, ya no le fue fácil conciliar el sueño. Consumió varios cigarrillos antes de que pudiera dormirse, aunque tuvo un sueño inquieto y poco reparador.

* * *

Sheila Forrester era una mujer muy especial.

Tan elegante como la propia Stella King, la modelo, pero con la madurez de sus años y la arrogancia de una auténtica aristócrata, su porte y distinción resultaban casi avasalladores.

Blake la calculó unos cuarenta y siete o cuarenta y ocho años muy bien llevados, con la piel ya algo ajada en torno a sus bellos ojos pardos, y con el cuerpo todavía esbelto y bien formado, aunque en ello quizás tuviera su parte nada desdeñable la habilidad del modisto para mantener erguido su seno y disimular algunos fallos naturales a causa de la edad.

—¿Qué ha venido a hacer usted aquí? —fue su primera pregunta, nada alentadora para Blake Sloane.

—Perdone, señora Forrester, pero tenía que hablar con usted de un viejo asunto que, posiblemente, no haga sino traerle penosos recuerdos.

—¿Qué asunto, en concreto?

—La muerte de su esposo, hace diez años.

—Creo entender —el bello rostro de la dama reflejó cierta tensión y disgusto, si bien mantuvo intacta su arrogante postura—. Pero usted no es policía.

—No, señora. Sólo un detective privado.

—Al que alguien paga por hacer preguntas.

—Obviamente.

—¿Por qué debo responder yo a ellas, señor Sloane?

—Porque usted fue un personaje protagonista en aquellos tristes sucesos.

—Se equivoca —rectificó ella con frialdad—. Yo me mantuve al margen en todo momento. Sólo fui requerida una vez, como testigo de la defensa, para confirmar ante el jurado que mi esposo era un hombre frívolo y nada fiel, con muchas aventuras galantes a su espalda.

—¿Y usted se prestó a decir eso en público?

—¿Por qué no? Era la pura verdad. Clark murió por estúpido y mujeriego. No me causó ningún dolor especial su muerte. Se casó conmigo por mi dinero. Pero de no haber muerto entonces a manos de aquel celoso caballero, yo me hubiera divorciado de él de inmediato.

—¿A tal extremo llegaron sus relaciones íntimas?

—No había ya tales relaciones. Rompí a raíz de una dolencia venérea que él me contagió por tener relaciones con una ramera de lujo.

—Cielos, no podía saber eso —suspiró Sloane—. Perdone la pregunta...

—No, no, puede seguir —sonrió desdeñosa la dama—. El mal tuvo fácil curación, pero el daño moral fue incalculable. Clark era un cerdo. Y me alegré de su muerte, si he de serle sincera.

—Supongo que habrá oído hablar de los crímenes que se están cometiendo ahora, relacionados al parecer con aquel viejo asunto...

—Sí, he oído algo por televisión, pero no me preocupa demasiado. En todo caso se relaciona con el asesino de mi marido, no conmigo. Precisamente mi abogado personal es sobrino de una de las víctimas de esa horrible mujer enlutada. Me refiero al joven Malcolm Aymler. Un abogado de gran porvenir, sin duda alguna. Ahora anda bastante desmoralizado y hundido, tras la muerte de su tío y maestro.

—Sí, es de suponer. ¿Le ha contado algo ese joven Aymler?

—No mucho. Sabe tanto como pueda saber usted. Su tío se quedó a trabajar hasta tarde en las oficinas del Juzgado. Allí le sorprendió la dama asesina. Algo horrible, señor Sloane. Por cierto, que el juez

Aymler, a la vez que se ocupaba de dos casos criminales de cierta relevancia, también tenía el proyecto de revisar el caso Eisner en breve.

—¿Está segura de eso? —se sorprendió Blake.

—Bueno, yo no conocía de nada al juez, pero el joven Malcom así me lo ha asegurado. Sin embargo, no tiene la menor idea del motivo que impulsaba a su tío a revisar un caso tan antiguo, que él mismo había sentenciado al parecer sin lugar a dudas respecto a la culpabilidad del acusado.

—Me interesaría hablar con el joven Aymler cuanto antes —comentó Blake, pensativo.

—Oh, le daré su tarjeta, si así lo desea. Pero también puede encontrarle en la casa Luxury durante las tardes...

—¿En la empresa donde mataron a su esposo, señora Forrester? ¿Qué hace allí ese joven?

—Es abogado de la firma. Yo mantengo una amistad con Karin Benson, la directora de esa empresa de cosmética y moda desde hace años, cuando nos conocimos a causa precisamente de aquel desagradable asunto. Ella me presentó al joven Aymler.

—Entonces, creo que iré a ver a Malcolm Aymler y a la señora Benson, y así mataré dos pájaros de un tiro... en el buen sentido de la palabra —sonrió Sloane—. Veo que usted no tiene gran cosa que contarme sobre todo lo ocurrido entonces.

—Pues no, salvo que no me sorprendería que otros muchos hubieran deseado la muerte de mi marido por entonces: maridos burlados, amantes celosos... y mujeres engañadas o pervertidas por él. Era un ser despreciable, créame. Yo no le hubiera condenado a muerte a su asesino. Le hubiese concedido una medalla.

—Quizás, señora Forrester. Pero en modo alguno hubiera comenzado ahora a matar gente para vengar a ese asesino, ¿verdad?

—No, claro que no, querido —ella rió, algo voluble, apoyando una manicurada y enjoyada mano en su hombro—. No sirvo para ir matando gente por ahí... ¿No cree que hay otras cosas mejores para pasar el rato? Por cierto, venga cuando quiera a tomar algo conmigo, señor Sloane, Me cae usted bien...

—Seguro que vendré —se apresuró a afirmar Blake, saliendo disparado de la lujosa vivienda de la viuda, con la convicción de que a la madura y elegante dama le iban mucho los jóvenes bien parecidos y varoniles.

—Después de todo, con el ejemplo que le dio su marido... —fue el comentario que se hizo el detective, ya en la calle, encaminándose al edificio de la empresa Luxury, en pleno centro de Manhattan.

Karin Benson tenía muchos más años que Sheila Forrester, pero era también refinada, elegante y sin duda tan aficionada a los jóvenes amantes como su amiga. Aunque debía sobrepasar los cincuenta, se maquillaba en exceso, sus trajes eran sobrios, pero mostrando demasiado el ajado de sus carnes, y tenía una mirada inquisitiva y estrecha, que parecía desnudar a los hombres.

Cuando habló con ella, estaba precisamente despachando asuntos legales de su empresa con el joven abogado Malcolm Aymler, sobrino del juez asesinado. En torno a ellos, el lujo exótico y sofisticado de la empresa dedicada a proporcionar cremas de belleza, maquillajes, perfumes y adornos a sus clientes femeninas, les rodeaba por doquier como formando parte de un decorado obligado en aquel negocio.

—No quiero recordar nada de aquel viejo y feo asunto, señor Sloane —se excusó con rapidez y sequedad la enjuta dama de cabellos platinados artificiosos—. Fue todo muy enojoso y desagradable para nuestra empresa: un crimen, un proceso, una ejecución... realmente horrible, créame.

—Pero no hay duda de que debió proporcionarles también publicidad...

—¡Publicidad! —se irritó ella, irguiéndose casi agresiva—. ¿Qué clase de publicidad? Sensacionalismo barato, prensa amarilla, sórdidos reportajes... Todo lo contrario de lo que un negocio como éste requiere. Creo que perdimos por entonces casi un sesenta por ciento de clientela. Por fortuna, hoy en día eso está casi olvidado ya.

—Puede que vuelva a salir a la superficie, señora Benson —apuntó Blake.

—Señorita Benson —rectificó ella con frialdad—. Sé a lo que se refiere. Esos asesinatos, el perfume... Ni siquiera tiene el buen gusto esa mujer de usar un perfume americano.

—¿No usa usted Vissón Número 7?

—Cielos, no, ¡qué horror! —le miró como si hubiera cometido un sacrilegio—. Nuestros perfumes son otra cosa: originales, selectos, frescos... Y si alguien gusta de los perfumes fuertes, intensos, tenemos nuestro Hechizo Oriental. Yo lo utilizo, vea...

Se aproximó a él. Blake captó un vaho intenso de olor a sándalo, a maderas orientales, a hierbas aromáticas. Era profundo y a la vez embriagador. No olía en absoluto a flores.

—Muy fuerte —aceptó—. Creo que incluso borraría un aroma a jazmines.

—De eso no le quepa duda —sonrió la dama, halagada—. Es sensual y cálido, como gusta a la mujer insinuante y al hombre viril... ¿Le gusta a usted?

Dijo esto apoyando sus manos en los hombros de Blake. Este, por

encima de los hombros de la dama, captó el gesto entre cómico y divertido del joven Aymler.

—Me encanta —aceptó Blake, apurado, notando que la dama le ponía la punta de sus pechos justo encima de su torso.

—Entonces, querido amigo, usted es de los que me gustan. No hablemos de cosas horribles, como asesinatos y todo eso. Un joven como usted debe tener mil temas de conversación para distraer a una mujer y hacerla pasar un rato amable... ¿Qué tal si le muestro mi empresa mientras charlamos?

—En otro momento, señorita Benson —se escurrió apuradamente Blake—, Ahora tengo una cita dentro de diez minutos, y no puedo faltar a ella. Si no tiene nada que contarme en especial sobre el asunto de que vine a hablarle...

—No, nada —cortó ella altivamente, apartándose con frialdad repentina de él—. Veo que no vale la pena seguir hablando. Esos temas me desagradan profundamente, ya se lo dije.

Y dando media vuelta, abandonó el despacho, no sin antes advertir a su abogado:

—Tenga terminado ese expediente para esta tarde, Aymler, querido. Sabe que me urge mucho presentarlo...

—Descuide, señorita Benson, lo tendrá —prometió el joven.

Y apenas ella se había ausentado, rió, acercándose a Blake Sloane.

—Se ha librado de una buena —comentó divertido—. Esa mujer es una especie de vampiro.

—Pero a mí no me gusta que me chupen la sangre. Sobre todo, a ciertas edades —rió Blake de buen humor—. De modo que usted es el sobrino del juez Aymler...

—El mismo. Un mal discípulo suyo todavía. Me ocupo de asuntos de poca monta, como la asesoría jurídica de empresas. Mi sueño es llegar a abogado criminalista, como tío Bruce.

—Debió impresionarle mucho su trágico final.

—Imagine... —el joven respiró hondo, inclinando la cabeza—. ¿Está investigando ese asunto?

—Oficialmente, no puedo hacerlo —sonrió Blake—. Pero sí, es lo que hago de un modo extraoficial.

—Entiendo. ¿Alguna pista en torno a esos crímenes?

—Ninguna. Anoche mataron al fiscal Gotfried. Es la cuarta víctima de esa mujer.

—Y eso confirma que los crímenes tienen que ver con el caso Eisner, ¿no es así?

—Obviamente. Ya han caído el juez que le sentenció, el fiscal que le acusó, el testigo que juró en falso para la acusación y el policía que lo arrestó e interrogó... Me pregunto cuántos más quedarán todavía por ahí, sentenciados a morir a manos de esa demente.

—¿Green que está loca?

—No hay otra explicación. Vengarse ahora, al cabo de los años... no tiene el menor sentido, la verdad.

—¿Dijo al llegar que quería que yo le prestara ayuda si me era posible?

—Así es, Aymler. Pensé que podía explicarme por qué su tío pensaba revisar el viejo asunto de Gordon Eisner cuando fue muerto.

—No me lo dijo. Sólo mencionó que iba a revisarlo a fondo, porque tenía alguna duda que no le permitía vivir tranquilo, eso fue todo.

—¿Le pareció que él pensara en la posible inocencia del ejecutado?

—Ahora que lo dice, es posible que fuera eso. Él había sido siempre muy minucioso y tenía grandes escrúpulos a la hora de enjuiciar. Tal vez pensaba que no fue totalmente justo al condenar a Eisner. Pero ¿por qué después de tantos años?

—Ese parece ser el misterio básico de todo lo que sucede. ¿Por qué después de una década, vuelve todo a la actualidad bajo el signo de la tragedia? Tal vez alguien amenazó a su tío anónimamente, antes de matarle, y eso le hizo reflexionar sobre un posible error judicial.

—Sea como sea, él ahora está muerto. ¿No hay ninguna pista para dar caza a esa mujer?

—Ninguna. En la muerte del fiscal Gotfried también está el detalle del perfume derramado sobre el cadáver. Y el hecho de que alguien creyó ver desde una ventana a una mujer enlutada alejándose de la cabina telefónica donde lo mataron, tras sonar dos estampidos de arma de fuego de pequeño calibre. No hay duda que se trata de la misma de siempre.

—La Dama Negra, ¿no la llaman así?

—Así es. Pero hay quien sospecha que podría tratarse de un caso de travestismo. El capitán Knowles afirma que el fiscal Gotfried hablaba de ello por teléfono con él cuando le asesinaron.

—Un travesti... —meditó el abogado, frotándose el mentón—. Sí, pudiera ser. Si nadie ha visto su rostro todavía...

—Si alguien lo ha visto, no vive para contarlo. Pero algo me dice que se trata, sin embargo, de una mujer.

—¿Por qué supone eso? —el joven le observó, curioso.

—El perfume.

—¿El perfume? Puede usarlo cualquiera, ¿no?

—No. Un Vissón Número 7, en modo alguno lo usaría un hombre. Resultaría escandaloso e inadecuado. Y el utilizar un frasco para derramarlo sobre sus víctimas, una parte importante de ese perfume queda forzosamente adherido a quien lo manipuló. Un hombre, después de utilizarlo, se vería en dificultades para ocultar el aroma que él mismo desprendería. En cambio, una mujer...

—Sí, claro. O fingiría usar Vissón... o lo taparía con Hechizo

Oriental, ¿no? —rió el abogado.

—Algo así —convino Blake con una sonrisa—. Bueno, no le molesto más, señor Aymler. Le deseo suerte en su carrera... y gracias por su ayuda.

—No creo que haya sido demasiado grande.

—De eso, usted no tiene la culpa. Gracias, de todos modos. Mis saludos a la señorita Benson. Espero no tener que volver a verla...

Blake Sloane abandonó el edificio del Luxury, evitando cuidadosamente encontrarse de nuevo con Karin Benson. Se dirigió a su oficina, donde todavía no había tenido tiempo de colocar a una nueva secretaria. Puso el contestador automático por si había alguna llamada importante.

Y vaya si la había.

La voz de mujer que salió por la grabación, le resultó bien conocida de inmediato:

—Blake, habla Diana Eisner, su cliente. Sólo puedo hacer esta llamada, y prefiero hacérsela a usted antes que a un abogado. Acaban de arrestarme. El capitán Knowles me ha acusado oficialmente de asesinato múltiple. Dice que yo soy la Dama Negra. Y va a incomunicarme en la estación de policía. Ayúdeme, Blake.

Pegó un respingo y corrió de nuevo hacia la salida, jurando entre dientes con malhumor.

Capítulo VI

—Es cierto, señor Sloane. Mi hija ha sido detenida. La acusan de ser la Dama Negra, esa horrible asesina.

Blake asintió, mirando fijamente a la mujer llorosa pero serena que tenía ante sí. Ruth Eisner parecía realmente afectada por el arresto de Diana.

—Señora Eisner, ¿cómo ha podido ocurrir eso? —trató de averiguar Blake.

—Ella misma provocó la situación.

—¿Ella?

—Sí, fue como tentar a la mala fortuna. El capitán Knowles había venido aquí con la clara intención de interrogarme a mí, creo que incluso de acusarme de ser la asesina, como vengadora de la memoria de mi esposo, Gordon. Entonces, Diana intervino en la conversación. Dijo que yo no había tenido necesidad de esperar diez años para vengarme. Que bastaba con pensar que quien entonces era una niña, incapaz de vengar a su padre, ahora era una mujer con capacidad suficiente para llevar a cabo una tarea tan justa. El capitán pareció sentirse picado por ese desafío, y comenzó a presionarla. Al final, Diana le provocó más aún, diciéndole que no podía culparme a mí de algo que yo sería incapaz de hacer, pero que ella cumpliría muy gustosa. No debió hablar así. El capitán hizo registrar su habitación, y encontró un frasco de perfume como el que yo uso, pero escondido en un armario. También halló una lista con los nombres de las personas asesinadas. Eso, por sí solo, no quiere decir nada, pero lo consideraron suficiente para llevársela al departamento de Homicidios.

—Creo entender lo que su hija intenta: desviar las sospechas de usted para inculparse ella. Tiene que saber que su hija me contrató para...

—Sé para qué le contrató, me lo ha confesado antes de irse con los policías —confesó amargamente la mujer—. ¿Por qué hace Diana todo esto? Yo no soy culpable, no necesita protegerme...

—Tal vez su marido tampoco lo era. No tuvo protección... y ya ve lo que sucedió.

—¡Pero yo no soy la Dama Negra!

—¿Y era él quien mató a Forrester? ¿Podría usted jurarlo?

—No —suspiró ella, cansadamente—. No podría admitir nunca que

Gordon, el hombre a quien yo amé, fuese culpable de nada tan horrible.

—Sin embargo, hay unas muertes que han de tener una explicación. Y la única que existe es la que se desprende de los propios hechos y de las víctimas elegidas: todas ellas son personas relacionadas muy directamente con la suerte de su marido.

—Oh, Dios mío, es para volverse loca... Primero él... y ahora mi propia hija... ¿Es que no he sufrido ya bastante?

—Señora Eisner, la desgracia a veces golpea repetidamente en un mismo sitio. Debe serenarse y mantenerse firme. ¿Creé que será formalmente acusada su hija de esos asesinatos?

—Estoy segura, sobre todo si insiste en desafiarles, para desviar de mí su atención, pobre hija mía...

—Si el capitán Knowles descubre que Diana amaba a su padrastro como si fuese su propio padre, tal vez eso la perjudique notablemente...

—¿Diana? ¿Amar a su padrastro? —la señora Eisner miró con sorpresa a Blake—, ¿Qué está diciendo? ¡Diana siempre odió con toda su alma a mi marido!

—¿Cómo? —preguntó Blake Sloane, realmente asombrado.

—Lo que oye, señor Sloane. Ella nunca sintió amor por Gordon. Y comprendo muy bien la causa... Yo quería a Gordon, pero él no era un hombre perfecto ni mucho menos. Diana era tan pequeña entonces... Un día se enfureció porque había roto algo, y la pegó una terrible paliza. Tuve que quitársela de las manos. Desde entonces, Diana ha sentido un odio profundo e incontenible por su padrastro, hasta el extremo de que no me echó una sola lágrima por él, cuando supo que había muerto.

—Cielos, eso nunca me lo contó ella.

—No le gusta hablar de ello. Prefiere tratar de olvidarlo, no pensar en esa faceta de su pasado...

—Pero le bastará mencionarlo, para que los policías comprendan que no tiene sentido que una chica trate de vengar a un hombre a quien odiaba... Usted puede probar eso, sin duda.

—Claro que puedo hacerlo. Pero ignoro si me creerán o no, dado que ya la tienen a ella en sus garras. A la policía le conviene un éxito rápido en este asunto, para impedir que la prensa y la opinión pública se metan con ella... Pueden decir que yo miento para protegerla, que me invento una historia falsa sobre un odio inexistente entre padrastro e hijastra...

—Sí, entiendo. Deje el asunto en mis manos, señora. Iré a ver a Diana. Lo conseguiré, aunque me cueste pelearme con todo el departamento de Homicidios. Luego, le buscaré un abogado, por si lo necesita —meditó, frotándose el mentón—. Conozco a uno que puede

serle muy útil, llegado el caso, aunque no sea criminalista...

Y salió de casa de las Eisner, no sin antes respirar hondo y comentarle a la atribulada madre:

—Yo que usted, señora Eisner, no usaría nunca más Vissón Número 7. No porque sea demasiado caro, sino que empieza a resultar un poco peligroso para quienes lo utilizan...

* * *

Knowles soltó un bufido de ira y pegó un golpe en la mesa.

—Le voy a permitir hablar con la chica unos minutos, pero sabe que no tiene el menor derecho a ello, Sloane —gruñó malhumorado.

—Claro, capitán. Pero usted es un hombre comprensivo. Espero que no acusará formalmente de nada a esa chica...

—Eso es cosa nuestra. De momento se la retiene como sospechosa.

—Un abogado puede sacarla en pocas horas de aquí si no se formaliza una acusación cualquiera, y usted lo sabe.

—Cuando ese abogado nos presione, habrá acusación formal, pero no antes —cortó abruptamente el oficial de policía—. Y eso es todo, Blake. Ahora dígame lo que quiere, aparte de charlar con la muchacha que le contrató.

—Sólo indicarle algo que he averiguado: esa joven no amaba a su padrastro ni mucho menos. Fue golpeada por él brutalmente en una ocasión y eso abrió un abismo entre ambos. En esas circunstancias, ¿sería lógico pensar que ella va matando por ahí a la gente para vengar a un padrastro a quién aborrecía?

—¿Tiene pruebas de que lo que dice es cierto?

—Aún no, pero creo que será fácil comprobarlo...

—Entonces, intente probarlo y le creeré. Ahora déjeme en paz. Le traerán a Diana Eisner para que hable con ella cinco minutos. Ni uno más, ¿está claro?

Blake asintió con la cabeza. Momentos más tarde estaba ante su cliente. La joven se mostraba entera y tranquila, totalmente dueña de sus nervios.

—Hola, Sloane —saludó con una vaga sonrisa, al sentarse ante él.

—Hola, señorita Eisner —respondió Blake—. ¿Cree que ha obrado con sensatez?

—No podía permitir que arrestasen a mamá. Eso nunca.

—No trate de estropear las cosas más aún, amiga mía. Su madre me contó la verdad sobre usted y su padrastro.

—Ah, ¿sí? —hubo un rictus de amargura en su faz—. Entonces, ya lo sabe. No hay motivo alguno para matar a nadie. Pero antes de que acusen a mamá, haré lo que sea. Ella sí que se merece todo. Me protegí siempre de los malos tratos de Gordon Eisner. El tal vez no

era malo, pero era violento, brutal a veces. Pretendía enseñarme, hacerme dócil y respetuosa a base de una mala táctica. Sentí no poder llorar cuando le ajusticiaron.

—Cuando ellos sepan eso, la soltarán.

—Y volverá a ser mamá la sospechosa número uno. Ella sí amaba a mi padrastro. No se merece ahora estos nuevos sufrimientos. Y no los tendrá mientras yo pueda evitarlo.

—Creo que es usted una chica obstinada, terca como una mula —resopló Blake—. De todos modos, tengo que ayudarla, le guste o no. Voy a enviarle un abogado.

—No he solicitado ninguno.

—Pero tiene que tener uno. Yo se lo enviaré. Es un joven de brillante porvenir. Esperemos que la ayude oportunamente. Ahora dígame si tiene alguna coartada para las noches de los asesinatos...

—No, ninguna. Me gusta ir por ahí y tomar unas copas. A veces voy acompañada, a veces voy sola. Me temo que esos días iba siempre sola y por sitios distintos. Será difícil conseguir esa coartada, Sloane.

—Y aunque la hubiera, usted la ocultaría por el momento —gruñó Blake, malhumorado—. Creo que no me deja otra alternativa que encontrar a la verdadera asesina y entregarla a la policía atada de pies y manos.

—¿Haría eso por mí, de veras? —preguntó ella, con gesto curioso.

—Sabe que lo haría, maldita sea —refunfuñó Blake con gesto adusto. Luego sonrió y meneó la cabeza—. Bueno, al menos voy a intentarlo, palabra.

—Le deseo suerte, Blake, de verdad. Nunca le podría pagar un favor así... pero siempre que no fuese a demostrar que era mi madre la culpable.

—Si me quiere escuchar una simple opinión, no creo que ella sea la mujer que buscamos, de modo que no tema nada en ese sentido, amiga mía.

Diana Eisner meditó unos momentos. Luego, alzó la cabeza, miró a Blake Sloane fijamente y acabó hablando:

—Creo que voy a contarle algo que podría serle de alguna ayuda.

—Vaya, menos mal —suspiró Sloane—, ¿Piensa sincerarse totalmente conmigo a estas horas? Creí que no me ocultaba nada.

—Y no se lo he ocultado. Sólo que de esto me enteré más tarde, a través de una conversación casual con mamá, antes de ser arrestada.

—Bien, la escucho. ¿De qué se trata?

—Bueno, se refiere a algo que también sucedió hace años, muchos años. Cuando todo lo demás.

—Ya. ¿Qué fue ello?

—¿Usted ha oído hablar de alguien llamado Slim Briggs?

—¿Slim Briggs? —Blake arrugó el ceño, esforzando su memoria—.

Claro. Es un colega. Un sucio y condenado colega que es capaz de cualquier felonía. Al menos llevará veinte años en el negocio, pero jamás jugó limpio.

—A ése me refería. Mi padrastro le contrató por entonces, cuando fue despedido de la casa Luxury.

—¿Su padre contrató a ese pillo? ¿Para qué?

—Ya sabe por propia experiencia para qué se contrata a un detective privado: para investigar algo.

—Ya, pero ¿qué tenía que investigar su padrastro a través de un detective privado como Briggs?

—Un asunto poco claro. Algo relacionado con su empresa. Creo que, en el fondo, lo que mi padrastro intentaba era vengarse de la casa, de Karin Benson...

—Muy comprensible. ¿Qué esperaba que encontrase Briggs para favorecer sus propósitos? ¿Lo sabe?

—Mamá cree saber que sí. Drogas.

—¿Drogas?

—Ya sabe: estupefacientes. Una empresa que mueve por el país y por el extranjero perfumes y cosméticos, tiene amplias posibilidades de traficar con drogas con un cierto margen de ventajas. La policía rara vez sospecha que en un frasco de perfume o en una caja de maquillaje se oculte heroína o algo parecido.

—Sí, es una posibilidad. ¿Era una sospecha o algo más que eso?

—Al parecer, era algo más. Bastante más, según mi madre. Pero Briggs no fue honesto.

—Naturalmente. Ya le he dicho que nunca lo fue. ¿Qué hizo en esa ocasión?

—Traicionar a mi padrastro. Se vendió a Karin Benson sin duda. Y por dinero, les reveló lo que estaba haciendo por cuenta de Gordon Eisner. Naturalmente, fracasó en el intento, y tuvo que renunciar a vengarse de la Luxury. Poco después, era asesinado Clark Forrester. Me pregunto si no será por causa de las drogas, y no por la mano directa de mi padrastro. Y ya sabe usted ahora muy bien que no lo digo porque sintiera especial cariño hacia él.

—Sí, lo sé —Blake se frotó la mandíbula, en un gesto muy peculiar suyo—. Bueno, creo que haré una visita a ese tal Briggs. Puede ser que, si entonces estuvo metido en el ajo y se vendió al mejor postor cuando tuvo alguna evidencia de que las sospechas de Gordon Eisner eran justificadas, ahora podría estar también trabajando para la Luxury y ganando buen dinero gracias a ello. Conozco a Briggs y sé que no renunciará fácilmente a la gallina de los huevos de oro, una vez encontrada.

—Espero que eso le sirva de ayuda. Desgraciadamente, no puedo decirle más y...

—Es la hora —interrumpió un policía—. Ha terminado su tiempo de charla, Sloane.

—Muy amables —Sloane torció el gesto—. Ya me voy. Suerte, Diana. Le enviaré a ese abogado amigo mío. Puede que entre él y yo podamos sacarla pronto de aquí.

Y agitando su brazo con amistosa cordialidad, abandonó el departamento de policía, dispuesto a sacarle a Briggs todo lo que fuera posible, en relación con aquel feo asunto de las drogas y la Luxury, que abrían todo un nuevo abanico de posibilidades dignas de tener en cuenta.

* * *

Slim Briggs tenía su oficina en una apartada calle al sur de la ciudad. Parecía haber prosperado últimamente, porque las puertas vidrieras eran nuevas, la pintura estaba revocada y los muebles eran nuevos.

Blake captó todo eso de una ojeada cuando, tras llamar al timbre sin que nadie lo atendiera, cruzó la puerta de la oficina para ver a Briggs lo antes posible.

No había nadie en la antesala, aunque había allí dos mesas con modernas máquinas de escribir electrónicas. Al fondo, otra flamante puerta vidriera, con el nombre de Slim Briggs en letras doradas, señalaba el acceso a la oficina personal del investigador. Blake caminó hacia ella resueltamente, dispuesto a contarle unas cuantas cosas a su colega.

Abrió la puerta y se asomó. De inmediato fue como si algo se aplastara sobre su cráneo, pulverizándoselo. El suelo le vino al encuentro, y borrosamente captó la presencia de dos pares de piernas en la habitación. Ambas enfundadas en sus respectivos pantalones, y calzados sus pies con zapatos vulgares y zafios.

—Ese tipo ya no nos molestará —oyó borrosamente decir a alguien, antes de hundirse en un abismo de negrura e inconsciencia.

Cuando se recuperó, ignoraba el tiempo transcurrido, pero la oficina estaba a oscuras en torno suyo, y no se oía ruido alguno, salvo el de un acondicionador de aire, zumbando apagadamente allá en la ventana del despacho de Briggs.

Blake se incorporó despacio, tocándose la nuca con los dedos. Se quejó, y encontró señales de sangre seca en el occipital. Le habían sacudido un buen golpe, pensó con disgusto.

Puesto en pie, caminó hasta un pequeño lavabo y allí humedeció su cabeza y tomó un trago de agua, antes de recuperarse por completo.

Entonces volvió a la oficina y caminó por ella en la penumbra. Sólo la claridad de un luminoso, parpadeando allá fuera, tras la ventana,

daba algo de resplandor a la oficina.

De repente, tropezó con algo. Se detuvo, mirando el suelo. Descubrió un bulto bastante grande, cruzado a sus pies, tras la mesa despacho del detective. Se inclinó, sin moverse, y encendió la lámpara de flexo que había encima de la mesa, a su alcance.

Un chorro de blanca luz le hizo parpadear, deslumbrado, y despertó mayor dolor en su cráneo. Pero le permitió ver lo que era aquel bulto a sus pies.

Le había visto pocas veces en su vida. Pero sabía que era Slim Briggs en persona. Estaba más muerto que su tatarabuela. Tenía los ojos vidriosos y dilatados, mirando al techo. Alguien le había metido un balazo en plena cabeza, entre las dos cejas, con un arma de pequeño calibre, a juzgar por el orificio.

Pero lo más sorprendente era lo que brillaba junto al cadáver, como una rara joya facetada. Se inclinó a contemplarlo.

Era un pequeño frasco de vidrio esmerilado, en forma de poliedro, con un tapón oval de grueso vidrio. Estaba caído junto al muerto, pero no se había abierto ni derramado. Contenía la totalidad de un líquido espeso y ambarino.

Y olía terriblemente a jazmines una vez estaba uno cerca de él.

La puerta se abrió en aquel instante.

El capitán Knowles apareció en ella, pistola en mano, seguido por dos agentes uniformados. Encañonó a Blake Sloane.

—Muy bien, Sloane —dijo con acritud—, ¿Por qué ha matado a su colega Slim Briggs?

Capítulo VII

—Usted está loco, capitán. ¿Para qué diablos quería yo matar a Briggs? Nunca tuve la menor relación con ese fullero.

—¿Lo ve? Le ha llamado fullero. Y sabemos que lo era. Le hizo alguna sucia faena y fue a liquidarlo.

—No diga tonterías. Mi arma está sin disparar, y es una 38. A ese tipo le agujerearon la cabeza con un arma mucho menor, tal vez una 22. ¿Por qué no prefiere pensar que fue cosa de la Dama Negra? El frasco de Vissón Número 7 estaba allí, no lo olvide...

—Lo recuerdo muy bien. Ni siquiera le dio tiempo de abrirlo, ¿eh, Blake? Es muy ingenioso su juego. Como su cliente está arrestada, acusada de asesinato y de ser la Dama Negra, usted liquida sus diferencias con Briggs y utiliza un frasco de un perfume que cualquiera puede adquirir en un establecimiento adecuado, para fingir que la Dama Negra ha matado a Briggs. Así, yo libero a su cliente, y todos felices... menos la policía, claro.

—Tiene una imaginación portentosa, capitán —resopló Blake—. Debí dedicarse a escribir folletines en vez de ser policía. ¿Cómo diablos se me iba a ocurrir a mí semejante idea? Soy detective privado, no un pistolero a sueldo.

—A veces, una cosa y otra no están demasiado lejos entre sí —rezongó Knowles—. Lo cierto es que, por el momento, voy a arrestarle como sospechoso de asesinato, y no va a poder continuar sus correrías por ahí.

—Capitán, ¿no comprende que fueron otros los que me cazaron en la trampa? Tengo un golpe en la cabeza...

—Se lo pudo hacer con algo usted mismo, como parte de su coartada. Eso no cuela, Blake.

—Le digo que había dos tipos en la oficina de Briggs cuando yo llegué. Y me pegaron fuerte apenas asomé.

—Aún no me ha dicho qué diablos fue a hacer usted a la oficina de su colega.

—Es un asunto privado —mintió Blake.

—¿Lo ve? Quiere que crea en usted y me lo oculta todo —gruñó el oficial de Homicidios—. El sargento le va a llevar a su celda...

—Espere, capitán. Está bien, fui a ver a Briggs porque estuvo metido en un feo asunto, investigando un posible tráfico de drogas a través de la Luxury, años atrás, por cuenta de Gordon Eisner. Pero traicionó a éste y se vendió a Karin Benson y su empresa. ¿Está satisfecho ahora?

—No del todo. De todas formas, de momento irá a esa celda y...

—Un momento, señor —el sargento Warren entró en la oficina del capitán, miró ceñudo a Blake, con cierto disgusto, y luego puso unas brillantes cartulinas sobre la mesa de su superior—. En el laboratorio

acaban de revelar esto...

—¿Qué diablos es, sargento?

—Verá, capitán. El detective Briggs parecía tener métodos muy sofisticados en su oficina. Sin duda ganaba buen dinero y le gustaba rodearse de sistemas de seguridad, aunque a la postre no le sirvieron de mucho. Entre otras cosas, tenía instalado un procedimiento con luz infrarroja, para disparar fotografías de sus visitantes a la hora exacta de la fotografía impresa en el negativo a través de un reloj electrónico. Como ve, todo muy complicado pero eficaz. Tenemos las fotografías obtenidas hoy, y que tenían sus negativos en la cámara oculta.

Knowles arrugó el ceño, y contempló las fotografías que le mostraban. En una de ellas, vio a la propia Karin Benson, directora de la Luxury, entrando en la oficina. El reloj marcaba las tres y cinco minutos.

La segunda fotografía correspondía a dos hampones de rostro furtivo, que estaban entrando a las tres y cuarenta minutos.

Después llegaba la fotografía de las cuatro y cinco. En ella, Blake Sloane estaba entrando en el despacho.

Y, finalmente, la fotografía número cuatro mostraba a un visitante muy especial, perfectamente captado por la cámara.

Era una mujer de luto, con un velo al rostro, esbelta figura, manos enguantadas, en las que empuñaba una pequeña pistola calibre 22 y un frasco de perfume.

La Dama Negra había entrado en el despacho a las cuatro y diez minutos.

—Diablos... —murmuró Knowles con disgusto—. Creo que tenía razón nuestro amigo Sloane, después de todo... Mientras él estaba inconsciente... debió entrar la Dama Negra. Y mató a Briggs...

Blake corrió a ver la fotografía, sorprendido. Cotejó las horas y reflexionó intensamente. Pegó un golpe en las cartulinas.

—Según esa evidencia, capitán, tanto Diana Eisner como yo, somos inocentes. La Dama Negra estuvo allí y mató a Briggs. Pero la Dama Negra no puede ser Diana Eisner... porque usted la tiene arrestada desde mucho antes.

Los dos policías se miraron.

—Es cierto —refunfuñó de mal humor Knowles—, Creo que tendremos que ponerles en libertad a ambos...

* * *

—Celebro no ser necesario en todo esto —sonrió el joven abogado Aymler, caminando junto a Blake y la joven Diana, de regreso a casa de ésta, fuera ya del departamento de policía.

—Yo también —suspiró la muchacha—. Me hubiera sido muy difícil

probar que yo no era culpable. Uso el perfume de esa mujer, no tenía coartada... y ellos creen que yo era una hija amantísima, que esperó a su mayoría de edad para convertirse en una asesina, como en las viejas historias folletinescas.

—Al menos, esta vez no correremos el peligro de un error judicial como el que mi tío pudo cometer hace diez años —murmuró el joven Aymler, moviendo la cabeza—. Sería terrible que los Eisner hubiesen sufrido por dos veces en sus carnes los fallos de la justicia humana. Lo cierto es que, como abogado criminalista, no tengo demasiada fe en mí mismo. De modo que así fue mucho mejor para todos.

—Pues Blake no parece demasiado feliz —comentó irónicamente Diana—. Le noto muy pensativo, Blake.

—Bueno, ahora tengo otra cosa de qué preocuparme —gruñó el detective—. Encontrar a la Dama Negra, por ejemplo.

—Ahora no necesita hacerlo para salvarme a mí.

—Pero empiezo a estar harto de que vaya por ahí matando gente. Además, estuvo en aquella oficina mientras yo yacía inconsciente, y mató a Briggs justo a mi lado. Pudo haberme matado a mí, sin mucho esfuerzo.

—Esa mujer no debe tener nada contra usted —señaló Aymler—. Creo que mató a su colega tan sólo porque él traicionó entonces a Gordon Eisner.

—Siempre el mismo obsesionante motivo... —refunfuñó Blake—. La venganza... La venganza, después de tantos años... Esa mujer está loca, rematadamente loca...

—Eso es obvio —asintió Diana—. Sigue estando a mi servicio, Blake, pero sólo para demostrar en todo caso que mi madre no es sospechosa de nada, no tiene necesidad de querer hacer el papel de héroe y capturar por sí mismo a la enlutada asesina.

—Bueno, no sé siquiera si podré hacer lo que espera de mí, Diana —confesó Blake—. Recuerdo ahora que ese frasco de perfume no se abrió la última vez que lo utilizaron. Debí despertar entonces, y esa mujer escapó sin tiempo para más... En fin, creo que nunca estuve tan cerca de la muerte que entonces...

Se despidió de Diana Eisner en una parada de taxis, y la joven partió hacia su vivienda, mientras el abogado Aymler tomaba también su propio camino. Blake subió a un autobús y se sentó a meditar, mientras subía Manhattan hacia Central Park.

Poco después, llamaba en un apartamento, y le abría la hermosa Stella King, envuelta en una dorada bata espectacular, que sentaba muy bien a su espléndida figura.

—Hola, Blake. ¿Otra vez usted por aquí? —sonrió la bella modelo—. No me diga que sigue sospechando de mí...

—No, nada de eso. Ya ni siquiera sé de quién sospecho, amiga

mía... Lo único que es evidente, es que estoy metido en un formidable embrollo, donde todo se confunde.

—He oído por la televisión que hubo otro crimen de su Dama Negra...

—Así es. Mataron a un colega, metido en asuntos sucios, después de que Karin Benson y un par de hampones le visitaran. Sospecho que está mezclado con la Benson en un negocio de drogas para la Luxury. Y que los tipos que fueron en su busca eran de algún grupo rival y querían ajustarle las cuentas. Llegué yo, y les hice escapar de allí, pero no pude evitar que luego llegase la Dama Negra... y ¡paf! Liquidase al sabueso Briggs ante mis mismas narices, estando yo sin sentido. Vaya detective estoy hecho, ¿eh, preciosa?

—Nadie es perfecto —sonrió la joven—, ¿Quiere una copa para pasar el mal trago, Sherlock Holmes?

—Sí, por favor —aceptó él—. Cualquiera cosa fuerte irá bien. Empiezo a sentirme desmoralizado. Pensar que tuve tan cerca a esa endiablada mujer y no me fue posible aferrarla... Pensar que ella sí que pudo eliminarme a mí del mundo de los vivos con la mayor naturalidad del mundo...

—Cálmese. Lo importante es que no lo hizo —rió la modelo—. Tal vez en medio de todo debería estarle agradecido. Ella debe sentir simpatía por usted, no hay duda.

—Oh, no diga eso —rezongó Blake, malhumorado.

Bebió un largo trago de buen bourbon servido por la bella modelo. Ella fue a su alcoba. Regresó con un frasco de Vissón Número 7, en su estuche. Rió, al ver el gesto de Blake.

—No se asuste. No pienso matarle ahora ni derramar el perfume sobre usted. Yo no soy esa dama. Ni estoy enamorada de usted como para perdonarle la vida. Sencillamente, acabo de ceder a la tentación de comprarme un frasco de ese perfume tan famoso de repente, y voy a abrirlo.

—Déjemelo ver —rogó Blake, tomando la cajita—. Es curiosidad morbosa.

Sonrió ella, entregándoselo. Sloane abrió la caja y extrajo el frasquito, idéntico al que viera junto al cuerpo de Briggs.

Probó a destaparlo. Fracasó. Tiró del tapón y trató de desenroscarlo, pero en vano. Riendo, Stella se lo quitó de las manos.

—Vamos, Blake no sea torpe. Todos los hombres son iguales. No saben destapar fácilmente uno de estos frascos... Déjeme enseñarle. Es fácil...

Se sentó en sus rodillas. La bata dorada se abrió, permitiendo ver en todo su esplendor los muslos magníficos de la joven, sus bellas piernas y el inicio de su descote, profundo y turgente.

Riendo, destapó con facilidad el frasco, y agitó el tapón.

—Tiene su truquito —confesó—. Hay que hacer una presión especial. Los hombres no entienden de estas cosas...

Blake se quedó inmóvil, la mirada fija en el vacío. De repente, unas palabras parecieron penetrar en su cerebro e ir rebotando de muro en muro de su bóveda craneal.

«Ella debe sentir simpatía por usted... Los hombres no entienden de estas cosas... No saben destapar fácilmente uno de estos frascos...»

—Blake, ¿le gusta el olor? —preguntó, insinuante, humedeciendo con sus dedos impregnados de perfume sus muslos y senos casi desnudos—, Blake, ponga aquí su mano, toque el perfume... y toque mi piel...

Puso su mano en sus muslos. Pero Blake hizo algo asombroso.

La apartó casi violentamente, se puso en pie y fue hacia la puerta como una flecha. Ella le miró, desolada.

—Oh, no —gimió—. ¿Qué es usted? ¿Uno de esos que no...?

—Preciosa, volveré a tocar tu perfume y tu piel durante horas enteras —prometió Blake—. Pero ahora tengo que ir a otro sitio. ¡Y muy deprisa! No me gusta que se burlen de mí, cariño...

Y salió, dando un portazo. Dejó a Stella King perpleja y sin entender una sola palabra de todo aquello.

Capítulo VIII

—Lo siento, Blake. No está mamá. Y yo me marchaba ya... ¿Qué mosca le ha picado ahora?

Sloane entró en la casa y cerró tras de sí. Diana, con el bolso a punto, le miró sorprendida. El detective fue hasta una ventana.

—Tengo que decirle algo, Diana —confesó.

—Bien, le escucho —suspiró ella—. Sea breve, por favor.

Blake asintió con la cabeza. Dijo de repente:

—Ya sé quién es la Dama Negra.

Diana Eisner arqueó las cejas. Le miró asombrada.

—Cielos, ¿de veras?

—Sí. Acabo de averiguarlo.

—Bien... ¿Puede decirme quién es?

—Sí. A eso vine. Usted es mi cliente.

—Supongo que mi madre no...

—No, no. Ella no.

—Entonces... ¿quién?

Blake hizo una pausa. Lo dijo casi con pesar:

—USTED.

Diana Eisner se echó a reír. Movié la cabeza con aire divertido.

—¿Bromea?

—No, Diana. No bromeo. Usted lo sabe.

—No puede hablar en serio...

—Claro que sí —Blake se volvió hacia ella. Tenía el rostro huraño, torvo—. Usted me engañó desde el principio. Usted es la mujer que mató a toda esa gente.

—Tiene que haberse vuelto loco, Blake. ¿Ya no recuerda que yo estaba presa cuando mataron a Briggs, y que la fotografía infrarroja demostró que era la Dama Negra la autora de ese crimen?

—No, Diana. Lo que demostró esa fotografía es que una persona VESTIDA DE MUJER ENLUTADA, entró en la oficina y mató a Briggs. Usted sabía que Briggs tenía la cámara infrarroja. Sería su mejor coartada. Ser arrestada, y cometerse otro crimen durante su encarcelamiento. Muy hábil.

—Está delirando. Blake. ¿Ha bebido acaso?

—Sólo un poco. Ahora lo sé todo. La falsa Dama Negra que la suplantó ese día, no supo abrir el tapón del frasco con suficiente rapidez. ERA UN HOMBRE.

—La teoría del travesti demuestra que no pude ser yo.

—No, usted no. Su cómplice. Su amante.

—¿Cómplice? ¿Amante? ¿Qué dice? —pero el rostro de ella revelaba tensión, temor.

—Ahora sé que no había por qué matar a tanta gente. Ni existía tal venganza. Todo, como la propia dama enlutada, era puro teatro. Un buen montaje para una farsa grotesca, sangrienta, brutalmente cruel. Asesinatos sin motivo, árboles que impiden ver el bosque... Todos los crímenes, absolutamente todos MENOS UNO, eran inútiles, pura escenografía para despistar. Usted y su amante sólo querían matar... a Bruce Aymler, juez que, además de buen magistrado, era un hombre sumamente rico. Ahora, sus millones son de su único heredero... Malcolm Aymler, su sobrino. Y su cómplice en todo esto. La falsa Dama Negra del despacho de Briggs...

La puerta del fondo se abrió. El joven abogado, pistola silenciada en mano, asomó a la sala.

—Muy inteligente y hábil, Blake —rió duramente—. Lástima que viniera aquí a contarlo todo. Ahora tendrá que morir usted también. Soy rico y tengo a Diana. Es cuanto quería. No importan los que hayan muerto. Sé que soy un mal abogado y lo sabía mi tío. El jamás pensó en sacar a la luz el caso Eisner... porque el padastro de Diana era culpable. Condenadamente culpable. No hubo error judicial. Él lo sabía. Como sabía de mi inutilidad. Iba a desheredarme para dejarlo todo a un lejano pariente. Diana y yo nos conocíamos hace tiempo. Nos pusimos de acuerdo y el plan comenzó a fructificar... Ahora no va a venir usted a deshacerlo, Blake.

—Mátalo, Malcolm. Lamento haberme compadecido de él y pedirte que no le hicieras daño...

—Sí, esa compasión fue una clave. La otra, que un hombre ocupara su puesto en ese último crimen. Llamé hace poco a cierto número, y supe que el juez era hombre riquísimo, y su sobrino Malcom heredero universal suyo. Eso fue lo que completó el puzzle.

—Y se llevará su secreto a la tumba —rió Aymler.

—No, amigo mío —suspiró Blake—. Mire afuera. No iba a ser tan tonto de venir aquí sin protegerme bien. Ellos me esperan afuera...

Corrió Aymler a la ventana. Palideció intensamente. El capitán Knowles, el sargento Warren y varios agentes de policía, acordonaban la zona, a la expectativa.

—Cielos... —jadeó el abogado—. Estamos perdidos, Diana...

Ella inclinó la cabeza, resignada.

—Me lo temía —dijo—. Nunca debí acudir a Blake Sloane. Resultó ser demasiado listo. Tanto como él presume de ser...

—Tal vez mucho menos de lo que debí ser —comentó Blake amargamente—. Adiós, amigos. La policía se ocupará de ambos ahora. Yo me vuelvo con cierta dama que me está esperando... y que se

sentirá muy complacida con mi regreso. Creo que le debo esa mínima atención, después de que con sus palabras me dio la clave del enigma del perfume de la Dama Negra.

Y salió de la casa, dejando abierta la puerta para que entrasen los policías a hacerse cargo de los dos jóvenes asesinos.

F I N

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROSTAR DE NUEVO. LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO
BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones

de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciábamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento

Al terminar el primer año

Un año más del tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marshall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimu-

la activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n.º 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras. Apartado de Correos n.º 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle

N.º

Piso

Población

D. Postal

Provincia

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025203

01100



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España